



DÍA 3

UN THRILLER DE APOCALIPSIS ZOMBIE

NICK CLAUSEN

Carne Muerta

Día 3

Copyright © 2021 Nick Clausen

Edición en español 2024

Traducido por Beatriz Palomares.

El autor hace valer sus derechos morales sobre esta obra.

Por favor, respete el arduo trabajo del autor.

Contents

LIBRO GRATIS

DÍA 3

1. UNO

2. DOS

3. TRES

4. CUATRO

5. CINCO

6. SEIS

7. SIETE

8. OCHO

9. NUEVE

10. DIEZ

11. ONCE

12. DOCE

13. TRECE

14. CATORCE

15. QUINCE

16. DIESCISÉIS

17. DIESCISIETE

- 18. DIESCIOCHO
- 19. DIESCINUEVE
- 20. VEINTE
- 21. VEINTIUNO
- 22. VEINTIDÓS

LIBRO GRATIS



Descubra cómo empezó todo
Lee *Día 0* gratis ahora.
Disponible solo en nick-clausen.com/dia0

DÍA 3

Lo siguiente sucede el lunes 28 de Julio en Dinamarca.

UNO

William se pone los auriculares tan pronto como se cierran las puertas del ascensor. Estrictamente hablando, no se le permite escuchar música en el trabajo, pero vamos, ¿de qué otra forma se supone que va a pasar su turno? Además, el sótano suele estar vacío, excepto por los otros porteros, pero ninguno de ellos lo delatará. Bueno, tal vez Thorsten, ese viejo gruñón.

William sube el volumen mientras las melodías de *Custard Pie* llenan sus oídos. Las puertas se abren y empuja el carrito de lavandería por el pasillo desierto, sonriendo para sí mismo mientras tamborilea el ritmo en el carrito. Está de muy buen humor hoy, a pesar de que es lunes.

Gira el carrito sobre sus ruedas, lo que hace que al pasar, no se de cuenta que la manilla de la puerta se está moviendo.

Ha tenido el trabajo un par de meses. Sólo se suponía que iba a ser un trabajo de verano, pero el sueldo es decente, así que podría quedarse un poco más de lo planeado. Además, realmente le gusta el trabajo. La mayor parte del tiempo está solo, empujando carritos de lavandería, camas y sillas de ruedas de un lado a otro, subiendo y bajando en los ascensores.

Puede que no sea lo más genial del mundo, tener veinticuatro años y no tener educación. Pero él no quiere una educación. Su plan es ir a Estados Unidos y conseguir un aprendizaje con un tatuador, luego volver y abrir su propio estudio. Ya visitó Miami una vez, allí se hizo la mayoría de los tatuajes en su brazo derecho.

Llega a la lavandería y deja el carrito, agarrando uno vacío en su camino de regreso. Esta vez, al pasar por la puerta con la manilla que se mueve, nota el movimiento por el rabillo del ojo.

—¿Qué demonios...?

Se detiene y mira la manilla. Ya no se está moviendo. Decide que probablemente lo imaginó y está a punto de seguir adelante, cuando la manilla salta de nuevo.

William se quita los auriculares para escuchar. Desde el otro lado de la puerta puede escuchar ruidos de raspado. Como si alguien estuviera hurgando en una habitación oscura tratando de salir. Hasta donde él sabe, es sólo un armario de equipos.

Su primer pensamiento es que algún pobre enfermo se ha extraviado y se ha encerrado accidentalmente. Tal vez uno de los pacientes con demencia.

—Espera —llama, sacando el llavero de su cinturón—. Te sacaré de ahí.

Introduce la llave y gira. Empuja la puerta con cautela, sin querer derribar a quien esté del otro lado. Para su sorpresa, las luces están encendidas en la habitación. Un hedor fétido y metálico se extiende hacia él, el inconfundible olor a sangre ha llenado la pequeña habitación, mezclado con algo agrio y salado; sudor y fiebre, supone William.

Pero lo que ve le hace olvidar instantáneamente los olores.

En el centro de la habitación hay un chico de su misma edad, vestido con una bata de hospital y enredado en una silla de ruedas volcada. Ambas muñecas parecen estar atadas a la silla, haciéndole incapaz de levantarse. En su lugar, se retuerce y gira, aparentemente tratando de liberarse. Su cabeza está vuelta hacia otro lado, y el suelo a su alrededor está manchado de sangre.

—Joder —susurra William y está a punto de entrar en la habitación para ayudar. Algo terrible obviamente ha ocurrido aquí. El chico no bajó aquí por su cuenta; alguien lo ató y lo torturó.

Pero algún instinto más profundo detiene a William. Tal vez es su cerebro recordando en el último segundo la manilla que saltaba.

Y entonces la chica sale de detrás de la puerta.

Unos años más joven que él, podría haber sido bastante bonita, pero ahora es una vista terrible. Su piel es verdosa y sus ojos no tienen ni pupilas ni iris. La mayoría de los dedos de su mano derecha faltan, convertidos en un lío de huesos nudosos y sangre negra y seca. Es casi como si la chica quisiera mostrarle su mano dañada, porque la extiende hacia él, mientras muestra una fila de dientes blancos perfectos con un gruñido hambriento y se acerca a él.

William grita y le lanza un puñetazo. No tiene tiempo para pensar, está actuando por puro reflejo de su práctica de boxeo. Sus nudillos se conectan con la mejilla de la chica, dando un fuerte golpe y enviándola tambaleándose hacia atrás.

Ella golpea al chico en la silla de ruedas, pero él no lo parece notar. Sigue luchando por liberarse, girando la cabeza y gruñendo a William, revelando un rostro tan terrible como el de la chica, pero con el efecto añadido de mucha sangre seca alrededor de su boca.

El cerebro de William suma todo en un instante. El chico mordió los dedos de la chica. La sangre en el suelo es de ella. Debió haberlo traído aquí y atado por alguna razón, pero se acercó demasiado. Luego, mientras sangraba profusamente, trató de desbloquear la puerta, pero no pudo debido a su mano destrozada.

Durante esos tres segundos interminables que William pasa paralizado en la puerta abierta, la chica se levanta meticulosamente y comienza a tambalearse hacia él, puede ver la mejilla de la chica marcada por su golpe, pero no muestra signos de dolor.

William estira la mano, agarra la puerta, la cierra de golpe y gira la llave. Un segundo después, la chica comienza nuevamente a hurgar con la manilla.

William respira rápidamente y mira el pasillo en ambas direcciones, asegurándose de que está solo. No hay duda en su mente sobre lo que acaba de ver: la chica y el chico en la sala de equipos son zombis. Ha pensado en lo que haría en esta situación cientos de veces, y ahora realmente está aquí. La fantasía más aterradora se ha hecho realidad.

¡Los zombis están aquí!

DOS

Aunque son sólo las ocho de la mañana, el sol ya está en lo alto y haciendo de las suyas. El aire acondicionado está a todo volumen, y aun así, la temperatura dentro del autobús es demasiado alta. Mille está sudando.

Sin embargo, está ansiosa por el viaje. Solo el hecho de alejarse de casa por una semana, de ver cosas nuevas y experimentar lugares nuevos, ya es emocionante. Claro, la ola de calor ha afectado a gran parte de Europa, incluida Praga, por lo que el clima insoportable no será diferente, pero aun así...

Un avión de papel golpea su pecho.

—¡Oye! —grita y mira hacia arriba.

Nadie realmente parece escucharla. Todos están ocupados charlando, escuchando música o jugando con sus teléfonos.

"Fue Mads," dice Krista, señalando. "Lo vi lanzarlo."

Mille mira en esa dirección y ve al culpable cuatro filas adelante. Mads le manda un beso al aire. Mille le hace un gesto obsceno. Mads se ríe y le señala que abra el avión de papel.

Mille suspira pero lo despliega. Mads ha escrito un mensaje en rojo.

«¿Quieres salir conmigo?»

«SÍ»

«SÍ»

«SÍ DOBLE»

«(Puedes marcar más de una opción)»

Mille no puede evitar sonreír, pero se asegura de que Mads no lo vea. Encuentra un bolígrafo en su bolso.

—¿Qué escribió? —pregunta Krista, inclinándose.

—Sólo está tratando de ser gracioso —dice Mille, agregando otra opción a la lista.

«PREFERIRÍA MORIR DE HERPES»

Pone una X junto a la línea, arruga el papel y se lo lanza de vuelta a Mads. La bola de papel no llega del todo, así que él se apresura a recogerla del suelo. Se ríe a carcajadas cuando la despliega y lee su respuesta.

—Está siendo un poco insistente —comenta Krista.

—No creo que esté siendo serio.

Krista levanta las cejas. —¿En serio? Está loco por ti desde el primer año.

—¿Y qué pasa con Pernille?

—Sólo salió con ella porque no pudo conseguirte a ti.

Mille echa un vistazo a Mads, que se ha dado la vuelta y ahora está hablando con los chicos que están sentados frente a él.

—¿Selina te escribió? —pregunta Krista, sacando su teléfono—. No respondió a ninguno de mis mensajes.

—No, no he sabido nada de ella. Probablemente esté enferma.

—¡Es el peor momento para enfermarse, justo hoy! Oye, ¿no vive por aquí en algún lado?

Mille mira los campos deslizándose afuera. —No tengo idea.

—Sí, creo que sí. Se mudó con su papá recientemente, porque encontró una nueva esposa, ¿recuerdas? Estuve allí el sábado antes de que saliéramos de fiesta —Los ojos de Krista se agrandan—. Oye, ¿escuchaste? ¿Se besó con ese electricista?

—¿Quién?

—Jonas Jorgensen.

—Nunca he oído de él.

—Bueno, es un poco mayor y bastante guapo.

—Hmm —A Mille honestamente no le importa mucho con quién Selina se haya besado o no. No tiene nada en contra de Selina, simplemente no son tan cercanas, como lo son Selina y Krista. Además, Mille sabe que Krista sólo está sentada con ella porque Selina no está aquí.

—Por supuesto, ella fingió que nunca pasó —sigue Krista, sonriendo irónicamente—. Pero los vi, y yo...

Se interrumpe cuando el autobús se detiene abruptamente, haciendo que todos se precipiten hacia adelante en sus asientos y que las bolsas caigan al suelo. Sus compañeros de clase lanzan gritos indignados.

—¿Qué demonios fue eso?

—¡Cálmate, hombre!

—¿Ahí adelante, estás borracho?

—¿Por qué nos detuvimos?

El conductor, un hombre de mediana edad, obeso y con el pelo grasiento, toca la sirena agresivamente.

—¿Qué está haciendo? —dice Krista, estirando el cuello como todos los demás— ¿Alguien está bloqueando el camino?

Mille también intenta ver, pero ella y Krista están sentadas casi al final, así que no hay forma de ver qué está pasando al frente. Pero se han detenido en medio de una carretera desierta, con campos abiertos a un lado y un bosque al otro, así que Mille no puede imaginar quién estaría bloqueando el camino. Excepto un perro, tal vez. O un ciervo, quizás. Podría haber salido de entre los árboles.

Entonces escucha a alguien al frente exclamar: —¡Hay una señora allá afuera!

Mille ve al conductor levantarse y presionar el botón para abrir la puerta. Parece preocupado mientras baja los escalones y sale del autobús.

—¡Dios mío, qué le pasó a ella? —grita alguien.

—Debe haber tenido un accidente —responde otra persona.

Mads se ha levantado de su asiento y camina a mitad del autobús. Está mirando por la ventana delantera. De repente, grita: —¡No, no vayas allí! ¡Vuelve al autobús, hombre! ¡Es un maldito zombie!

Algunos de los chicos se ríen nerviosamente, sin saber si Mads está bromeando o no. Y sería típico de él hacer una broma así. Pero Mille escucha algo en su voz que le da escalofríos.

—¿Qué está pasando? —pregunta Krista de nuevo, agarrando a Mille del brazo. —¿Qué sucede allá adelante?

—No puedo ver. Creo que...

Algo fuera de la ventana llama la atención de Mille. Mira hacia afuera y ve a un anciano salir tambaleándose del bosque. Está vestido con ropa interior, sus piernas pálidas y venosas son visibles. Su camiseta, que tal vez una vez fue blanca, ahora es mayormente marrón debido a la sangre seca que parece haber brotado del cráter abierto en su cuello. El hombre cruza la carretera con determinación, dirigiéndose al autobús.

Gira ligeramente la cabeza hacia arriba, y Mille ve su rostro, sintiendo un escalofrío helado recorrer todo su cuerpo. Los ojos del hombre están vacíos y tienen un color blanco lechoso. Si Mads no hubiera gritado la palabra "zombi," tal vez no habría encontrado una descripción

adecuada para la persona que pasa por su ventana y se dirige hacia la puerta delantera del autobús.

Una de las chicas empieza a gritar en la parte delantera. Más estudiantes se levantan y comienzan a empujarse para llegar al frente. El alboroto se desata. El nivel de ruido aumenta. La confusión y el miedo empiezan a apoderarse de todos.

Mille, una vez cuando era muy joven, se encerró accidentalmente en su casita de juegos, y entró en pánico cuando no pudo abrir la puerta. Ese mismo sentimiento de claustrofobia se apodera de ella nuevamente en este momento, mientras observa a sus compañeros de clase tropezando unos con otros, para salir del autobús y alejarse de lo que sea que esté sucediendo afuera.

«Tengo que salir de aquí. Ahora mismo».

Nadie vino a ayudarla cuando estaba atrapada en la casita de juegos; tuvo que literalmente patear la puerta para abrirla. Sorprendentemente, el pánico le dio fuerza, y casi la arrancó de sus bisagras.

Nadie va a ayudarla ahora tampoco, así que mira hacia arriba y ve el martillo de emergencia. Lo saca del soporte y lo golpea contra la ventana. El vidrio se rompe, pero requiere unos cuantos golpes más antes de que se afloje lo suficiente como para que Mille lo empuje hacia afuera. Luego, deja caer el martillo y se vuelve hacia Krista. ¡Vamos, tenemos que irnos!

Su voz casi se ahoga en los gritos y chillidos.

Krista parece no escucharla. Sólo se sienta en su asiento, mirando hacia adelante. Mille sigue brevemente su mirada y ve a la señora que ahora ha subido al autobús. Al principio, Mille realmente la toma por un hombre, ya que su cabeza está completamente calva, pero el vestido de noche ensangrentado le hace cambiar de opinión. La señora se lanza sobre la estudiante más cercana, Signe, hasta donde Mille puede decir, quien está apretada impotentemente contra la ventana, gritando y tratando de alejarse. Justo cuando la señora hunde sus dientes en la mejilla de Signe, el hombre sube al autobús. Inmediatamente se inclina sobre Rasmus, quien ha caído en el pasillo. Él grita de dolor cuando el hombre muerde la parte posterior de su cuello.

Entonces Mille no puede ver más, ya que todo se convierte en un completo caos.

Agarra a Krista del brazo y la arrastra mientras sube a su asiento y salta por la ventana. Aterrizza en el asfalto caliente, amortiguando la caída con sus manos. Se vuelve para mirar hacia arriba y ve a Krista mirándola desde abajo.

—¡Vamos! ¡Salta!

Krista hace un salto torpe y Mille la atrapa a medias.

—Tenemos que irnos —dice Mille, tirando de ella, pero se sorprende al sentir que Krista se resiste.

—No podemos —dice ella, con los ojos grandes y aterrorizados—. ¿Qué pasa con los demás?

Mille mira hacia el autobús, el interior ahora convertido en un infierno viviente, estudiantes gritando, trepando desesperadamente sobre los asientos, golpeando las ventanas, chorros de sangre manchando el vidrio.

—No podemos hacer nada ahora —se oye decir Mille, asombrada de lo firme que suena su voz—. Sólo nos pondremos en peligro también —Aprieta su agarre alrededor de la muñeca de Krista y tira fuerte. Después de unos metros, Krista deja de resistirse y empieza a correr con ella.

Detrás de ellas, los gritos de sus compañeros moribundos se desvanecen muy lentamente.

Mille saca su teléfono y marca esos famosos tres números.

TRES

William se queda allí casi un minuto entero, congelado en el lugar frente a la puerta cerrada con llave. Su cerebro está acelerado, tratando de decidir qué hacer, mientras la música sigue sonando desde los auriculares alrededor de su cuello.

Principalmente, intenta discernir la magnitud de la situación. Si realmente es el fin del mundo, ¿por qué no se ha convertido todo en un caos? Todo parecía perfectamente normal cuando llegó al trabajo hace menos de una hora.

«¿Quizás esto recién comienza? ¿Quizás soy uno de los primeros en encontrarme con los “no muertos”?»

William saca su teléfono y revisa Facebook y Twitter. No hay publicaciones inusuales, sólo las típicas fotos de comida, mascotas y gente presumiendo de sus vidas aburridas. También revisa los canales de noticias, tanto los daneses como los internacionales. Tampoco hay nada fuera de lo común.

Mira la puerta frente a él, la manilla aún saltando de vez en cuando cada vez que la chica zombi del otro lado la toca.

William mira hacia el techo, imaginando los muchos, muchos pisos por encima de él. ¿Cuántos pacientes hay en el edificio en este momento? ¿Tal vez 200? Tal vez más. ¿Cuántos de ellos han llegado durante la noche? No escuchó a nadie hablar sobre un aumento repentino en las heridas de mordida cuando llegó, pero de nuevo, no habló realmente con nadie. ¿Notó que el lugar estaba extra ocupado? No, particularmente, no.

Pero tal vez simplemente no estaba prestando atención. ¡Quizás era como el tipo de esa comedia británica de zombis, pasando por delante de todos los malditos zombis porque estaba demasiado cansado para notarlo!

El pensamiento de que todo el maldito lugar se convierta en una carnicería en este mismo momento hace que un escalofrío le recorra la espalda. Siente un pánico creciente. Tiene que salir de aquí. Ahora mismo. Pero duda.

No puedo dejarlos así. Alguien podría bajar y abrir la puerta.

Saca el marcador de su bolsillo de la camisa y se acerca a la puerta. Afortunadamente, la puerta es blanca, por lo que lo que escribe se ve claramente:

«¡PELIGRO!»

«¡NO ABRIR!»

«¡ZOMBIS!!!»

Sin pensarlo mucho, también dibuja una calavera. Siempre ha sido bueno dibujando, y las calaveras son su especialidad, por lo que resulta bastante vívida. Ahora la advertencia debería ser difícil de ignorar.

Deja caer el marcador y corre de vuelta hacia el ascensor. Pulsa el botón para ir al piso de abajo. La puerta se cierra. William respira profundamente mientras el ascensor baja. Se prepara para correr. Se prepara mentalmente para lo que sea que lo espere una vez que se abra la puerta. El ascensor se detiene. La puerta tarda una eternidad en abrirse.

Cuando finalmente lo hace, William mira hacia el pasillo. Todo está normal. La gente va y viene. Música tranquila suena por los altavoces. En la recepción, dos mujeres hablan casualmente.

No hay sangre. No hay gritos. No hay pánico. Y no hay zombis.

Hasta ahora.

William camina hacia la salida.

—Hey, ¿a dónde crees que vas?

William se detiene y ve a Janus, su colega. Está empujando una cama vacía y le lanza una sonrisa cómplice. —Aún no es hora de tu descanso para fumar.

—Yo sólo... eh...

William parpadea y no tiene idea de qué decir. ¿Es prudente contarle a alguien sobre los zombis en el sótano? Corre el riesgo de crear pánico si se corre la voz. Por otro lado, no puede simplemente dejar a Janus sin decirle nada. Es quien le enseñó el trabajo a William, y realmente le agrada.

—Está bien, escucha —susurra, agarrando a Janus del brazo—. Necesitas salir de aquí, ahora mismo. Algo loco está pasando.

Janus primero sonríe, pero luego se pone serio al darse cuenta de que William no está bromeando. —¿De qué estás hablando?

—Todo el edificio está en peligro.

Janus frunce el ceño. —¿Te refieres a...? —Baja la voz— ¿Terrorismo? ¿Es una bomba?

William se asegura de que nadie esté a una distancia donde puedan oírlo, luego susurra: —Alguna enfermedad contagiosa. No creo que los doctores lo sepan aún, pero... probablemente no podrán detenerla. Es mortal.

—Mira, hombre, estoy seguro de que sea lo que sea, los doctores lo tienen bajo control.

William sacude la cabeza con firmeza. —Ya hay dos muertos. Los he visto. Sal de aquí, hombre. Lo digo en serio —lanza una última mirada urgente a Janus, luego lo suelta y camina rápidamente hacia la salida. Todavía lleva la ropa de trabajo puesta, pero la idea de subir al vestuario ni siquiera le ha cruzado por la mente; tiene su teléfono, las llaves del coche y los cigarrillos. Eso es todo lo que necesita.

Las puertas giratorias lo dejaron salir a la luz del sol. Mira alrededor del estacionamiento. Todo parece normal.

Por ahora.

Corre hacia su coche, lo desbloquea y se sube. Encuentra su teléfono y lo revisa de nuevo. Todavía no hay noticias alarmantes. Tal vez los medios de comunicación sepan sobre la amenaza, pero el gobierno les ha ordenado que no digan nada para no provocar pánico.

William se queda allí sentado por un momento y piensa. Ahora que está fuera del hospital, se siente un poco menos atrapado y ligeramente más tranquilo. Considera a quién más advertir. Tiene algunos amigos en la ciudad, pero no tiene novia. Su única familia es su madre, que vive en los Países Bajos. Y luego está su tío Holger, por supuesto.

El pensamiento de su madre en Ámsterdam le da una idea desagradable. ¿Y si esto no empezó aquí en Dinamarca, sino en otro lugar? Quizás en este momento la mayor parte de Europa está siendo atacada por los muertos vivientes...

William llama a su mamá.

—Hola, cariño —responde su mamá con un tono de voz alegre—. ¿A qué debo el honor de tu llamada tan temprano en el día?

—Eh, hola, mamá. Sólo quería asegurarme de que todo estuviera bien.

—Por supuesto que sí. ¿Por qué no lo estaría?

William realmente no sabe qué decirle. Puede escuchar voces de fondo. Su mamá probablemente esté en el trabajo.

¿Dijeron algo en la radio?” pregunta.

—¿Sobre qué exactamente?

—No sé... ¿algo sobre un virus, tal vez?

—No, no he oído nada así. ¿Hay un virus circulando?

—Sí, eh... creo que es una especie de gripe.

—¿Y te preocupaste por tu pobre mamá? —Ella se ríe a carcajadas— Eres un chico muy dulce. No te preocupes, estoy perfectamente bien.

William se siente un poco más aliviado. Charla brevemente con su madre y luego termina la conversación diciendo que su descanso ha terminado.

Saca el paquete de cigarrillos, saca un Kings, lo enciende e inhala profundamente. Baja la ventana y pasa un minuto o algo así meditando.

«¿Qué significa esto? ¿Por qué no hay pánico? Tal vez realmente no ha comenzado aún. ¿Tal vez aún se pueda detener...?»

Mira hacia el edificio y fuma pensativamente. «¿Y si los dos zombis en el sótano son los únicos hasta ahora? ¿Y si todavía hay tiempo para...»

Sus pensamientos son interrumpidos por el repentino sonido de una sirena cerca. William gira la cabeza para ver la puerta de Urgencias abrirse, y sale una ambulancia con las luces parpadeando y las sirenas aullando. Luego otra. Y otra. Y otra.

William siente que la piel se le pone de gallina en la base del cuello y luego se extiende lentamente por todo su cuerpo. La vista de las ambulancias borra la última de sus dudas. La catástrofe es real. Ha comenzado.

Apaga el cigarrillo y llama a Holger. Sólo suena una vez antes de que su tío responda.

—Buenos días, Will.

—Hola, Holger —dice William—. Escucha, necesito tu ayuda.

—¡Claro! ¿En qué puedo ayudarte?

—¿Aún tienes tu lugar secreto?

Silencio total al otro lado.

—Hola, Holger, ¿sigues ahí?

—Ajá —dice Holger, pero con un tono de voz completamente nuevo—. Aún lo tengo, está bien. Pero ya no lo uso. ¿Por qué preguntas?

William cierra los ojos. —Creo que es mejor si nos encontramos allí. Ahora. Inmediatamente.

Puede escuchar a Holger contener la respiración por un largo momento. —Está bien —dice finalmente, mientras William abre los ojos de nuevo—. Pero ¿por qué...

Hay un movimiento al lado. Una figura se abalanza hacia el coche. William grita.

CUATRO

—¡Mille! ¡Espera! —Krista la agarra del brazo y la obliga a detenerse— ¡Mira! Alguien salió...

Mille realmente no quiere mirar hacia atrás, pero lo hace de todos modos. Han corrido lo que parece ser media hora, pero sólo han logrado poner unos pocos cientos de metros entre ellas y el autobús. Le da a Mille la sensación de estar en uno de esos malos sueños donde corres y corres y nunca te mueves.

El autobús parece estar vivo bajo los ondulantes rayos de calor que salen de la carretera. Al principio, no puede ver lo que Krista ve. Luego, nota la figura que se dirige hacia ellas. Podría ser Mads. A Mille no le gusta la forma en que camina, inseguro y tambaleante. O Mads está gravemente herido, o...

O ya está muerto.

—¿No es Mads? —pregunta Krista, entrecerrando los ojos— Creo que nos ha visto, Mille. Viene hacia aquí.

—Vamos —murmura Mille, tirando de su amiga—. Tenemos que irnos.

Pero Krista se resiste. —¡No podemos simplemente dejarlo!

—La ambulancia está en camino. Ya llamé...

—¡Mira, está saludando!

Mille ve a Mads levantando un brazo y moviéndolo de un lado a otro.

Todavía está vivo.

Krista empieza a correr de regreso. Mille la sigue con vacilación. Mads se encuentra con ellas a mitad de camino, sosteniendo su brazo izquierdo firmemente contra su cuerpo. Su camiseta está manchada de sangre por todo un lado.

—¿E-estás bien? —pregunta Krista, aunque la respuesta es obvia.

Mads se detiene para recuperar el aliento, tambaleándose, y Krista lo agarra.

—Me ... me mordió... —susurra Mads, y Mille no puede evitar ver el enorme agujero en su camiseta— Nos mordió a todos... ¿qué demonios... pasó? —Mads parece confundido, sus ojos vidriosos y distantes.

—Creo que deberías sentarte —dice Krista mientras empieza a sollozar—. La ambulancia estará aquí en un minuto. Mille ya la llamó.

—¿Mille? —repite Mads como soñando mientras Krista torpemente lo ayuda a sentarse al lado de la carretera. Levanta la vista, y se enfoca por un breve momento en Mille. La sonrisa que se dibuja en su rostro, le duele a Mille en el corazón— Hola, dice, sonando gratamente sorprendido. Antes de que ella pueda pensar en responder, él cierra los ojos y se desploma.

—¿Mads? —solloza Krista, sacudiéndolo suavemente— ¿Mads?

—Nos ha mordido a todos —repite Mads en un susurro ronco, sin abrir los ojos.

Krista sacude la cabeza—. Creo que está inconsciente. Oh, no, está sangrando mucho... ¿qué hacemos, Mille? ¿Cómo se detiene la sangre?

Mille no responde. No está escuchando a Krista en absoluto. Algo más ha captado su atención. Junto al autobús, ha aparecido otra figura. Es una chica, tal vez Renée, a juzgar por la camiseta amarilla. Corre tropezando directamente hacia el campo de trigo mientras mira hacia atrás constantemente. Otra persona emerge del autobús. Es el viejo, el que Mille vio a través de la ventana. Su delgada figura cubierta de sangre es muy reconocible, incluso desde tan lejos. Se tambalea tras Renée, que da un grito y corre más rápido al verlo.

Mille siente su corazón latiendo en su garganta. Puede escuchar que Krista dice su nombre. Mille sólo mira a Renée, que afortunadamente está aumentando la distancia con su perseguidor, hasta que tropieza y cae.

El viejo acelera, como un depredador que siente la presa, extendiendo sus delgados brazos con entusiasmo mientras avanza a través del trigo que le llega a las rodillas. Renée apenas logra levantarse cuando el zombi le agarra el cabello y la vuelve a tirar al suelo.

Afortunadamente, Mille no puede ver lo que sucede después, ya que ambas figuras desaparecen en el trigo dorado. Pero oye el grito de Renée.

Krista también lo oye, porque se vuelve para mirar hacia atrás. —¿Qué fue eso? ¿Alguien más salió?

—No —dice Mille.

El sonido de una bocina de coche la hace girar. Por un momento, espera que sea la ambulancia, pero no lo es. Un coche familiar plateado se les acerca y disminuye la velocidad. Un árabe de

mediana edad saca la cabeza por la ventana y pregunta en un danés incorrecto: —¿Accidente pasó? ¿Él herido?

—¡Sí! —dice Krista— Necesitas llevarlo al hospital...

—Espera —comienza Mille, pero Krista ya ha empezado a levantar a Mads, y el árabe estaciona el coche y viene corriendo a ayudar.

En ese momento, Mille ve a la siguiente persona salir del autobús. Es un chico, Tommy, por lo que puede distinguir. Pero no está huyendo, como lo hizo Renée. Simplemente está parado, tambaleándose por un momento. Luego gira la cabeza y la mira directamente. Empieza a tambalearse en esa dirección.

—... ¡Mille! ...

Detrás de él, emergen dos más: una chica y un chico. La chica tropieza, y el chico la pisa sin preocuparse por ella en absoluto. Luego sale otro. Y otro después de ese. Pronto, sus compañeros de clase están todos alrededor del autobús, todos moviéndose de la misma manera, como sonámbulos. Al principio, parecen simplemente vagar, pero luego, uno a uno, aparentemente captan un olor, se voltean en esta dirección y comienzan a caminar.

—... ¡Mille! ...

Tommy, que está adelante, ya está a medio camino. Ahora Mille puede ver que ha sido mordido en la garganta, y algunos de los tendones deben haber sido cortados, porque su cabeza está balanceándose de lado. La sangre ha brotado por su camisa. Sus ojos son extrañamente blancos, casi como si alguien los hubiera volteado hacia arriba, y ahora Mille también puede distinguir el sonido que está haciendo: un gruñido ronco y pegajoso.

—¡Mille, por amor de Dios! —Krista la agarra fuertemente por el hombro— ¡Vamos, por favor! Tenemos que... —Se interrumpe abruptamente, al ver que la mitad de la clase se acerca pesadamente hacia ellas— Oh, Dios mío... —respira— Ellos... ellos no... tenemos que... tenemos que ayudarlos...

De repente, Mille puede volver a actuar. Ella tira de Krista hacia el coche, donde Mads ya está tumbado en el asiento trasero. Empuja a Krista dentro y cierra la puerta de un golpe, ella misma entra en el asiento del pasajero. El árabe también ha notado el ejército de estudiantes universitarios muertos que se acerca y simplemente está parado allí, afuera de la puerta abierta del lado del conductor.

—¡Oye, vamos! —grita Mille— ¡Sácanos de aquí!

Toca la sirena, y el sonido saca al hombre de su asombro. Se sube y se esfuerza por ponerse el cinturón de seguridad.

Mille mira afuera y ve a Tommy (que ahora está peligrosamente cerca) acelerar, como si sintiera que sus oportunidades de conseguir algo para comer se están reduciendo.

—¡Solo vete! —grita Mille.

El árabe se olvida del cinturón y acelera. Da la vuelta al coche en un arco salvaje, haciendo que todos se inclinen hacia un lado, los neumáticos emitiendo un chillido corto y agudo contra el asfalto caliente, no tan impresionante como lo hacen los neumáticos en las películas. Los dedos extendidos de Tommy casi rozan el espejo retrovisor lateral donde está sentada Mille, pero luego están acelerando por la carretera, dejándolo con el olor a goma quemada.

Mille suspira y recuesta la cabeza.

El conductor sigue mirando por el retrovisor mientras murmura para sí mismo en árabe.

—¿Los paramédicos los ayudarán, verdad? —solloza Krista desde el asiento trasero.

—Estarán aquí en cualquier momento, y luego los ayudarán a todos, ¿verdad, Mille? ¿Verdad?

—Sí —murmura Mille—. Claro que sí.

Sus pensamientos dan vueltas y vueltas y no parecen encontrar un lugar razonable para aterrizar. Hace sólo veinte minutos estaba leyendo una carta de amor inmadura de Mads. Ahora toda su clase se ha convertido en muertos vivientes, y Mads está muriendo en el asiento trasero. ¿Logrará sobrevivir? ¿Lo llevarán al hospital a tiempo?

Mille se voltea y lo mira. Krista ha colocado su cabeza en su regazo y está acariciando su cabello húmedo. Su rostro está rojo como el fuego y extrañamente hinchado. Parece estar en dolor y está respirando rápidamente.

Es sólo cuestión de minutos.

—Creo que lo logrará —solloza Krista, mirando suplicante a Mille—. Lo logrará, ¿verdad? ¿Se despertará en sólo un momento, verdad?

—Sí —susurra Mille, sintiendo que su garganta se cierra—. De una manera u otra...

CINCO

William suelta el teléfono, salta y se arrastra hasta la mitad del cambio de guías, antes de darse cuenta de que la persona fuera del auto es Janus.

—¡Dios mío!, amigo...

Su colega intenta abrir la puerta, luego mira a William. —Desbloquea, ¿quieres?

—Ve al otro lado —dice William, golpeando el bloqueo central. Mientras Janus da la vuelta al coche, William recoge su teléfono del suelo—. ¿Holger? ... No, no pasó nada. Te llamo luego, ¿vale?

Corta la llamada justo cuando Janus entra. William vuelve a bloquear todas las puertas inmediatamente.

—Acabo de estar en Urgencias —dice Janus, con voz tensa—. Nunca había visto algo así. Las cuatro ambulancias fueron enviadas de una vez. Algo sobre un autobús escolar que fue atacado... —Janus lo mira con furia— ¿Qué demonios está pasando, Will?

William respira hondo y luego lo dice. —Zombis.

—¿Zombis? —Janus levanta las cejas— Deja de bromear, realmente no estoy de humor para...

—No estoy bromeando. Son putos zombis, hombre. Ve al sótano y compruébalo tú mismo si no me crees.

Janus sacude lentamente la cabeza. —Pero... eso no tiene sentido. Quiero decir, ¿cómo demonios...? —Gime y se pasa las manos por el cabello.

—Sé que es completamente loco. Mi cabeza está igual de jodida que la tuya en este momento. Me enteré hace como diez minutos.

—¿Crees que tiene algo que ver con ese paciente que desapareció anoche?

—¿Qué paciente?

—¿Quieres decir que no te enteraste? Todo el lugar estaba revuelto esta mañana cuando llegué. Un tipo de nuestra edad había sido admitido por envenenamiento sanguíneo o algo así, y simplemente desapareció de repente, como si literalmente se hubiera levantado y se hubiera ido. Eso es lo que creen que pasó, de todos modos.

William se muerde el labio, pensando en el zombi atado a la silla de ruedas. —Eso podría tener algo que ver, sí.

Janus calla por un momento, luego mira exigente a William. —¿Es como en *The Walking Dead*? ¿Colapsará todo?

—No lo sé, amigo. Sinceramente. Acabo de llamar a mi mamá; ella vive en los Países Bajos. No está pasando nada allá (al menos por lo que ella sabe hasta ahora). Pero tal vez eso significa que aún no se ha desatado realmente.

Janus inclina la cabeza hacia atrás y cierra los ojos. —¡Maldición! Esto no puede estar pasando. ¿Qué demonios vamos a hacer? Necesito llamar a Sofie... y a mi papá... y al resto de mi familia, y mis amigos, y...

—Espera —dice William cuando Janus va por su teléfono— Tenemos que considerar las cosas primero.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué hay que considerar? ¡Solo necesitamos alejarnos de aquí, lo más lejos posible! Tenemos que ir a una isla o algo así. ¿No es así como termina *Dawn of the Dead*?

—Sí, ¿y cuánta gente crees que vio esa película?

—¿A quién le importa cuánta gente la vio?

—¡A mí me importa! Porque las islas estarán inundadas de gente tan pronto como todos se den cuenta de lo que está pasando. Y si sólo uno de ellos lleva el contagio allí, estaríamos atrapados. Además, la comida y los recursos rápidamente se convertirían en un problema. ¿Y cómo llegaríamos hasta allá? No tengo un barco, y...

—¡De acuerdo, entiendo! Mala idea. ¿Cuál es tu plan, entonces?

—Mi tío vive a unas pocas millas afuera de la ciudad. Tiene un lugar seguro, como de supervivencia, con energía, agua, comida y todo lo demás. Acabo de llamarlo, y voy a encontrarme con él ahora.

Janus frunce el ceño. —¿Por qué tendría un lugar así? ¿Sabía que esto iba a pasar?

—Solía sufrir de paranoia. De verdad. Estuvo institucionalizado y todo. Hablaba sobre alienígenas que vendrían a la Tierra un día para eliminarnos a todos y cosas así. Así que construyó esta impresionante sala de seguridad subterránea, lo suficientemente grande como para que alguien pudiera vivir fácilmente durante años.

Janus no parece exactamente impresionado. —¿Entonces ese es tu plan? ¿Vivir bajo tierra con un tío loco durante años?

—Ya no está loco, ahora está medicado. Ha estado bien durante muchos años. Pero sí, ese es mi plan por ahora. Si tienes uno mejor, te invito a que lo intentes, amigo. Simplemente te ofrezco que vengas conmigo si quieres.

Janus parece reflexionar sobre eso. Su mirada se desvía por el estacionamiento, donde todo parece completamente normal. Estalla en una risa sin alegría. —Vamos, esto realmente no está pasando, amigo.

—Si necesitas pruebas, está justo ahí adentro —William asiente hacia el edificio—. Pero me voy ahora. ¿Vienes? —Enciende el motor y la radio, que como siempre está sintonizada en una estación de rock.

—¿Y Sofie? pregunta Janus. —¿Puedo llevarla?

William se muerde el labio. —Está bien, pero solo ella. Creo que cuatro personas es el límite, al menos si vamos a tener que quedarnos un tiempo.

—Genial, la llamaré. ¿Te importaría bajar un poco el volumen?

William baja la música, y Janus hace la llamada. William sale lentamente del estacionamiento, escaneando los alrededores. Ninguna de las personas que ve parece estar enferma o herida.

Todavía.

SEIS

Mientras cruzan el límite del pueblo unos minutos más tarde, Mads se ha quedado en silencio.

—Creo que está mejor ahora —solloza Krista.

Mille se gira para mirarlo. Su expresión ya no está contorsionada por el dolor, y su rostro está menos hinchado. Sin embargo, casi toda la sangre parece haberlo abandonado, porque ha adquirido un tono grisáceo poco saludable.

—¿Dónde hospital? —pregunta el árabe— No conocer ciudad.

—Gira a la izquierda aquí —dice Mille, señalando.

El árabe se detiene en el semáforo en rojo.

—No, ¡vamos! —exige Mille— ¡Conduce!

—Semáforo rojo —dice el hombre.

—Sí, pero ¡esto es una emergencia! —Mille escanea el tablero y presiona el botón de las luces de emergencia— ¡Ve ahora!

El árabe se desplaza hacia la intersección. Los coches que se acercan reducen la velocidad al darse cuenta, y el árabe hace un giro a la izquierda.

—¡Oh, no! —exclama Krista— ¡Mille! Creo que dejó de respirar...

Mille se gira. El pecho de Mads ya no se mueve. Sus mejillas se han hundido en su rostro y todo su cuerpo parece relajado. La piel ahora está aún más gris que hace apenas un momento. De hecho, parece haberse vuelto ligeramente verde también.

Está sucediendo.

—Detén el coche —se oye decir a sí misma Mille.

El árabe la mira con incertidumbre. —¿Hospital aquí?

—No. Solo detén el auto.

—Tenemos que ayudarlo, Mille —llora Krista—. ¿Cómo es que se hace...? —Krista se inclina, y por un segundo loco, Mille piensa que puede darle la vida de vuelta al besarla (o al tratar de darle respiración boca a boca), como Blancanieves en el cuento de hadas. Entonces Krista comienza a soplar en su boca.

—Detente, Krista —dice Mille, desabrochándose el cinturón de seguridad.

—Creo que ayuda —llora Krista y sopla impotente en la boca de Mads.

El coche se ha detenido.

—¡Krista, deja de hacer eso! ¡Sal del coche! —Mille abre su puerta y salta. Corre alrededor del coche y está a punto de abrir la puerta trasera, cuando su mirada cae sobre el rostro de Mads a través de la ventana. En ese preciso momento, él abre los ojos. Ya no son los cálidos, amigables y de color avellana, con esa estúpida encantadora mirada. Ya no son los ojos de nadie. Están en blanco, muertos.

Lo que sucede a continuación se desarrolla en cámara lenta.

Krista se inclina nuevamente para soplar en la boca de Mads, pero luego emite un ruido de sorpresa y dice: —¡Dios mío, funcionó!

Esas son las últimas palabras discernibles de Krista.

Mads se sienta abruptamente y hunde los dientes en su mentón. Krista grita y trata de empujarlo, pero él se agarra como un rottweiler y entierra los dedos en su cabello, tirándola hacia abajo aún más. Luego hace un tirón violento con la cabeza, arrancando la mayor parte de la piel del mentón de Krista. El labio inferior se parte en dos, exponiendo los dientes en una sonrisa espeluznante. La sangre brota y Krista grita agudamente de dolor. A Mads le toma solo unos segundos devorar el pedazo de piel, luego se levanta de nuevo, esta vez mordiendo el tejido blando del cuello de Krista, convirtiendo su grito en un gruñido.

Mille no ve más que eso. Tampoco escucha nada; ni siquiera su propio pulso tamborileante, ni los gritos de pánico del árabe, ni siquiera el estruendo de las sirenas de los autos mientras se tambalea hacia atrás, hacia la carretera. Simplemente levanta los ojos al cielo y se desmaya.

SIETE

—Mierda, ¿por qué no responde? Janus baja el teléfono y mira dentro del supermercado mientras pasan.

William se detiene en el semáforo en rojo y lo mira. —¿Está trabajando?

—Sí. ¿Te importa detenerte?

William infla las mejillas. —No lo sé, amigo. No creo que sea una buena idea. El tiempo se está acabando.

—Cinco minutos, como máximo.

—Está bien. Pero entra solo, yo me quedo aquí en el auto.

—De acuerdo. ¿Te importaría apagar eso? —Asiente hacia la radio.

—¿Por qué? Ya lo bajé de volumen.

—Es distractor.

—A mí me calma —Aun así, William la apaga, interrumpiendo a *Axl Rose* que está cantando sobre un lugar encantador con césped verde y chicas bonitas.

Las luces cambian y William está a punto de irse, cuando una camioneta plateada se interpone frente a él. Sus luces de emergencia están encendidas, así que William frena.

—¿Qué crees que pasó allí? —pregunta Janus, siguiendo la camioneta con la mirada mientras pasa frente a ellos.

William ve a un hombre de Oriente Medio al volante y a una adolescente en el asiento del pasajero. —Ni idea —murmura—. Pero supongo que van camino al hospital.

Hace un giro en U y está a punto de entrar en el estacionamiento del supermercado cuando nota que la camioneta se detiene abruptamente un poco más adelante. La puerta del pasajero se abre y la chica sale. Corre hacia la puerta trasera opuesta, luego se detiene en seco, como si viera algo terrible dentro del auto.

—¿Qué estás esperando? —pregunta Janus.

William se da cuenta de que ha parado el auto en medio de la calle. —Algo está pasando allí —murmura y señala.

A través de la ventana trasera de la camioneta, ve al conductor volteando la cabeza y gritando algo. Dos figuras en el asiento trasero parecen estar forcejeando.

La chica todavía está parada allí, una mano en la boca, y ahora comienza a retroceder, directo a la calle, con las piernas temblorosas. Un coche que se aproxima le hace sonar la sirena, pero ella ni siquiera se inmuta; simplemente se desploma, como si la sirena la hubiera derribado.

—¡Mierda! —exclama Janus— ¿Qué le pasó?

William está bastante seguro de lo que está sucediendo dentro de la camioneta, y también sabe que la chica en el asfalto sólo tiene unos minutos, tal vez segundos, antes de que alguien la atropelle. Se detiene, jala el freno de mano y sale corriendo. Corre hacia la chica, justo cuando el tipo árabe sale del coche y abre la puerta trasera. Grita algo que suena como: —¡Deténganlo! ¡Deténganlo! —y mete ambos brazos, pero los saca rápidamente con un rugido de dolor, agarrándose la mano derecha, donde claramente le faltan dos dedos.

William llega al auto y mira adentro. La vista es aún más terrible de lo que anticipaba, no es de extrañar que la chica se haya desmayado. Todo está empapado en sangre. La mayor parte parece provenir de la chica, que está tendida boca arriba, con los brazos y las piernas temblando. Su garganta parece salsa de tomate picante, y está o muerta o a segundos de morir. Encima de ella está sentado un chico joven con una camiseta ensangrentada con la cara enterrada en el cráter, que es la garganta de la chica.

Aparentemente, sintiendo una nueva presa, el zombi levanta los ojos, fijándolos en William. Se ven exactamente tan muertos e inhumanos como los ojos de la chica que William conoció en el sótano del hospital. La cara del chico está roja y brillante por la sangre fresca.

William agarra la puerta y la cierra de golpe. Pero una de las piernas de la chica se interpone, impidiendo que la puerta se cierre por completo. William no tiene la intención de comenzar a moverla, así que abandona el esfuerzo y retrocede, buscando al tipo árabe, que no está a la vista. En su lugar, ve a Janus, que ha llegado para recoger a la chica y ahora la está llevando alrededor de la camioneta.

—¿Está herida? —pregunta William— ¿Viste marcas de mordeduras en ella?

—No, creo que esté bien —dice Janus—. Vamos a llevarla al coche.

—¿Qué demonios está pasando? —alguien grita, y William echa un vistazo rápido para ver otro coche deteniéndose, el conductor sacando su cabeza calva por la ventana, y mirando con

asombro la escena.

—¡Lárgate de aquí! —Le grita William, justo cuando el chico zombi sale tambaleándose del coche. Detrás de él, dentro del coche, la chica se sienta.

—¡Mierda! —grita el tipo calvo y acelera.

Finalmente alguien con una respuesta racional, piensa William, girándose para correr detrás de Janus, quien ha llegado al auto de William. William abre la puerta y se ayudan mutuamente a colocar a la chica en el asiento trasero.

—¡Oh, mierda! —exclama Janus, con alarma en su voz.

William se da la vuelta esperando encontrar a ambos zombis acercándose. En cambio, los ve tambalearse hacia la entrada del supermercado. Apparently, han sentido una selección de presas mucho más grande, y las puertas de vidrio se abren para invitarlos.

—¡Sofía! —Janus grita y agarra a William— ¡Vamos, tenemos que ayudarla!

—William se libera—. ¡No, es demasiado peligroso!

—¿¡Demasiado peligroso?! ¡Joder, Sofía está adentro!

—Y en dos minutos todo el edificio estará lleno de zombis! Viste lo rápido que la chica despertó.

—Cobarde de mierda —Janus le escupe y corre hacia la entrada.

—¡Te esperaré! —William le grita— ¡Pero solo dos minutos!

Janus no responde, simplemente corre hacia el supermercado.

OCHO

El aire es más fresco dentro de la tienda, y música pop suena por los altavoces. Por suerte, no parece haber mucha gente comprando este lunes por la mañana.

Cerca de la caja registradora hay un joven con acné escaneando los comestibles de una señora mayor. A sólo unos metros de ellos está la chica zombie. Ella intenta desesperadamente llegar a ellos, pero una barra de metal la detiene.

—No puedes entrar por ahí —dice el cajero somnoliento, sin ni siquiera molestarse en mirar a la chica—. Tienes que pasar por la tienda.

La chica sigue empujando para superar el obstáculo, y sus esfuerzos la hacen volcarse, produciendo una media voltereta sobre la barra de metal.

—¡Oye, qué demonios...? —exclama el cajero.

—¡Cuidado! —grita Janus.

Tanto el cajero como la señora mayor están ahora mirando con asombro silencioso a la chica que se levanta torpemente y empieza a gruñir.

—¡Aléjate! —grita Janus— ¡Es peligrosa!

—¡Oh, joder! —exclama el cajero al ver la cara de la chica y aparentemente reconocer el peligro. Sin mirar atrás, gira sobre sus talones y corre por la tienda.

La señora mayor, por otro lado, sigue ahí parada, congelada, sosteniendo su bolso, con la boca abierta.

—¡Corre! —le advierte Janus una vez más, y parece que ella intenta obedecerle, al menos sus pies se mueven unos pocos centímetros hacia atrás, pero la visión de la chica ensangrentada la ha paralizado. Janus no puede hacer nada más que mirar cómo la zombie se lanza sobre ella, rápidamente tirándola al suelo.

Su estómago se revuelve y se obliga a mirar hacia otro lado, a concentrarse en lo que vino a hacer. Se da la vuelta y corre por la tienda. Desde algún lugar al fondo se escucha un grito.

Janus revisa cada pasillo, buscando tanto a Sofie como al chico zombie, pero sólo se encuentra con algunos compradores madrugadores con expresiones de desconcierto en sus rostros. Uno de ellos es una joven madre rubia con sus dos hijos pequeños.

—¿Qué está pasando? —le pregunta a Janus mientras pasa junto a ellos, extendiendo la mano de manera protectora hacia sus hijos— ¿Quién gritó hace un momento?

—Salgan del edificio —les dice Janus y sigue adelante—. ¿Sofie? ¡Sofie, soy yo! ¿Dónde estás?

Llega al final de la tienda y se detiene junto a los refrigeradores de productos lácteos. Aún no hay rastro de Sofie.

Tal vez esté en la parte de atrás...

Se dirige hacia la puerta del área de empleados, cuando de repente, Sofie aparece detrás de un mostrador de carnes. Lleva guantes y se aparta un mechón de cabello.

—¡Sofie!

¿Janus? —sonríe al verlo— ¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar en el trabajo?

Janus se acerca a ella y suspira aliviado. —Estás bien...

—Claro que lo estoy —Ella frunce el ceño— ¿Ocurre algo? Escucha, ¿oíste a alguien gritar hace un momento? Estaba escuchando mi iPod, así que no estoy segura, pero...

Janus puede notar que Sofie ve algo detrás de él, porque su expresión cambia de leve confusión a terror absoluto en medio segundo. Luego abre la boca y grita.

Janus mira por encima del hombro justo cuando una mano ensangrentada lo agarra. El chico se le ha acercado completamente sin hacer ruido. Janus intenta un salto lateral, pero el chico tiene un agarre demasiado firme en su camisa. Lo jala hacia atrás y hunde sus dientes en la parte superior de la espalda de Janus. El dolor es intenso. Janus grita y golpea al atacante, conectando su codo justo debajo de la barbilla, haciéndolo caer.

—¡Mierda! —se queja Janus, encorvándose de dolor.

Sofie se acerca, con los ojos grandes y aterrorizados. —Oh Dios mío... ¿estás... estás bien, cariño?

—¡Aléjate! —grita Janus, intentando alcanzar el lugar donde el chico lo mordió. Para su horror siente la sangre caliente empapando la parte trasera de su camiseta.

—¡Mierda! —repite, con su voz quebrándose, mirando a Sofie con una mirada suplicante— ¡Sal de aquí, Sofie! ¡Vete lo más lejos que puedas! ¿Entiendes? ¡Corre!

Pero Sofie nunca corre a ninguna parte. Lo intenta, eso sí, logrando dar unos pasos tentativos hacia atrás mientras mira a Janus con una mezcla perfecta de miedo y asombro. Entonces, la chica sale de uno de los pasillos, lanzándose sobre Sofie y tirándola al suelo. Ocurre tan rápido que Janus sólo tiene tiempo de parpadear una vez. Luego emite un rugido y está a punto de lanzarse hacia adelante cuando un par de manos agarran sus tobillos, haciéndolo caer de bruces, dejándolo sin aliento. El chico tira de la pierna izquierda de Janus y muerde con fuerza la espinilla descubierta. Esta vez el dolor es aún peor.

Entonces, Janus se desmaya. Está gritando, pero no es consciente de ello. Libera su pierna, perdiendo un gran trozo de piel, pero ya no siente el dolor. Se pone de pie y comienza a patear violentamente la cara del chico, cada vez más fuerte, luego empieza a pisotear, golpeando con el talón con toda su fuerza, una y otra vez, aplastando la cabeza del chico contra el suelo de vinilo hasta que oye un crujido distintivo y el chico deja de moverse.

Janus jadea para respirar y se da la vuelta, de repente sólo es capaz de moverse en cámara lenta. Ve a Sofie tirada allí, la chica agachada sobre ella. Ve que es demasiado tarde. El suelo ya se ha teñido de rojo, y la chica visiblemente está perdiendo interés en Sofie, levantándose y oliendo el aire con avidez, percibiendo una presa todavía viva cerca.

Janus se queda ahí, jadeando, con la mente completamente en blanco, mientras la chica se gira y gruñe hacia él, con la cara, el cuello y la parte superior del pecho cubiertos de la sangre de Sofie.

Y mientras la zombie se abalanza sobre él, Janus todavía no se mueve.

NUEVE

William se queda junto al auto durante lo que parece una eternidad, pero en realidad son probablemente sólo unos minutos. Sigue mirando en todas direcciones, asegurándose de que nadie se le acerque sigilosamente. Está listo para irse en cualquier momento, luchando contra el impulso de lanzarse al coche y salir de allí de una vez por todas. También mantiene un ojo en la entrada del supermercado y en la chica en el asiento trasero, que sigue inconsciente.

—Vamos, amigo —susurra.

Realmente le vendría bien un cigarrillo Kings ahora mismo, pero no quiere relajar su atención ni por un segundo, por si Janus y Sofie salen corriendo, con una turba de zombies tras ellos. Desde dentro del coche, *Dave Grohl* está cantando sobre lecciones de aviación, y William no se da cuenta de que está tarareando sin tono. Una parte de él se siente como un cobarde por dejar que Janus entrara solo. La otra mitad, sin embargo, siente que tomó la decisión correcta al no dejar el auto.

El tráfico pasa a un ritmo normal y perezoso. Varios conductores le lanzan miradas preocupadas, y una de ellas, una mujer obesa, se detiene y baja la ventanilla. —¡Hola! ¿Necesitas ayuda?

—No, gracias —murmura William, dándose cuenta de lo nervioso que debe parecer, caminando de un lado a otro, con aspecto paranoico. Intenta esbozar una sonrisa confiada a la mujer, que se siente más como una mueca extraña—. Sólo estoy esperando a un amigo.

La mujer asiente, sin parecer particularmente convencida, pero parece aceptar su explicación.

En ese momento, las puertas del supermercado se abren, y por un segundo, William imagina a Janus saliendo de la tienda, llevando a Sofie en sus brazos como un superhéroe. Y tiene razón: es Janus quien sale. Pero no está llevando a Sofie, y no parece en absoluto un superhéroe. De

hecho, está caminando de una manera muy extraña e inestable, con la cabeza balanceándose de un lado a otro como un niño pequeño que acaba de aprender a caminar.

William mira a su amigo y colega, a la camiseta blanca de hospital que ya no es blanca, sino roja, llena de sangre.

«Tal vez sólo se cayó», grita un pensamiento estúpido en la mente de William, desesperadamente queriendo aferrarse a la esperanza de que Janus podría estar bien. Tal vez ni siquiera es su propia sangre.

Pero es una tontería, por supuesto. Y el último grano de esperanza se desvanece cuando Janus se gira para revelar su lado izquierdo, donde tanto su camiseta como su piel están reducidas a jirones ensangrentados. Debajo se puede ver un agujero abierto con un par de costillas de color marfil que sobresalen de la carne roja.

También están los ojos: los ojos de Janus ya no son humanos, de ninguna manera; son blancos lechosos, nublados y muertos. Y están fijándose directamente en William, mientras Janus comienza a tambalearse en su dirección.

—¡Dios mío! —exclama una voz detrás de William, sacándolo de su trance— Pobre chico, ¿qué le pasó?

La mujer corpulenta ha puesto el freno de mano y ahora está luchando por desabrocharse el cinturón de seguridad.

—¡No! —dice William, acercándose a su coche— ¡Aléjese de aquí! Es peligroso.

La mujer lo mira como si acabara de hablar en chino. —¿De qué estás hablando? ¡Está sangrando! Es obvio que...

—¡Es un maldito zombie! —grita William, cerrando la puerta de golpe mientras la mujer la abre e intenta salir. Ella lo mira, parpadeando sorprendida— A menos que quieras que te coman viva, te sugiero que te largues de aquí ¡ahora mismo!

William da la espalda a la mujer y corre hacia su propio coche, sin mirar atrás para comprobar si ella entendió el mensaje. Si no lo hizo, es su problema. No va a hacerse el héroe por una tonta mujer de mediana edad.

William se lanza al volante, justo cuando vislumbra a Janus por el rabillo del ojo. Su amigo ha cruzado el estacionamiento y casi ha llegado a la calle. Exactamente hacia dónde se dirige es difícil de juzgar, porque sigue cambiando de dirección, como si los autos que pasan lo tentaran y no pudiera decidirse por cuál ir.

Como un niño en una tienda de golosinas.

William pone el auto en primera y revisa el tráfico antes de girar hacia la carretera. Nota que las puertas del supermercado se abren una vez más, y se olvida de todo lo demás por un momento, mientras observa al grupo de muertos vivos que salen tambaleándose al estacionamiento.

Conoce a la chica que murió en el asiento trasero de la camioneta familiar. Y a Sofie, aunque le falta la mitad de la cara. Los demás le son desconocidos. Hay una anciana, su bolso ensangrentado colgando milagrosamente de su hombro; una mujer joven arrastrando una pierna destrozada; un adolescente con acné cuya ropa revela que solía trabajar en la tienda; y dos niños pequeños, a los que William apenas puede mirar sin sentir náuseas.

Su estómago se retuerce cuando los zombies se dispersan en todas direcciones. Si todavía albergaba la frágil esperanza de que la catástrofe pudiera detenerse de alguna manera, muere en este momento.

Gira el volante y se incorpora al carril, causando que el auto que viene detrás frene bruscamente y toque la bocina. William apenas se da cuenta. Sus ojos captan a Janus, que está caminando directamente hacia la carretera. Una furgoneta amarilla se desvía para evitarlo, pero es demasiado tarde. Se oye un fuerte golpe, y Janus es lanzado varios metros, dando vueltas como un muñeco de trapo.

—Maldita sea —solloza William mientras acelera y se dirige por la carretera. No quiere mirar en el espejo retrovisor, pero no puede evitarlo.

Ve cómo el tráfico se detiene alrededor del accidente.

Ve a los zombies dirigirse hacia los conductores preocupados que salen de sus autos para mirar al pobre joven que acaba de ser atropellado.

Y ve a Janus, que laboriosamente se levanta sin mostrar signos de dolor o incomodidad y ataca al conductor de la furgoneta, que había acudido a ayudarlo.

DIEZ

William sigue lanzando miradas a la chica en el asiento trasero, aunque ella no hace ningún sonido ni se mueve. Hasta donde él puede decir, no estaba herida antes de desmayarse, pero estaba en un coche con un zombie, así que William no puede estar seguro de que no esté infectada.

Quizás debería revisarla por si tiene algún rasguño... o simplemente echarla del coche...

La mira de nuevo en el espejo, pero la mera idea de desnudarla mientras está inconsciente lo hace sentir sucio. Y dejarla en la acera y abandonarla a quienquiera que la encuentre, viva o muerta... bueno, no está dispuesto a llegar tan lejos todavía. Así que no tiene más remedio que esperar hasta que se despierte.

Llega a una nueva intersección, deteniéndose en el semáforo en rojo. A su lado, en el otro carril, un autobús urbano también está esperando. William mira hacia arriba y ve a una anciana mirando sin expresión por la ventana.

Ella no tiene idea de lo que está sucediendo. Hasta donde sabe, es sólo un maldito lunes normal.

El pensamiento le provoca un escalofrío. Una mujer con ropa de corredor pasa trotando, un labrador amarillo corriendo junto a ella con una correa. La vista del perro le produce una sacudida en el estómago a William.

—¡Oh, mierda! ¿Cómo pude olvidarlo?

El pensamiento de Ozzy solo en el apartamento hace que su corazón se acelere. Mira el semáforo, todavía en rojo, mientras sus pensamientos empiezan a girar cada vez más rápido. Si gira a la derecha aquí, podría llegar al apartamento en un par de minutos. Pero eso lo llevará de nuevo hacia el hospital.

Aprieta el volante, respirando con fuerza por la nariz. No puede dejar a su amigo peludo, pero tampoco puede arriesgar su propia vida.

En las películas, los zombies generalmente no están interesados en los perros y, además, la puerta principal está cerrada, lo que significa que probablemente Ozzy no esté en peligro inmediato. Tiene comida y agua suficiente para mañana por la noche. Pero tal vez William no tenga la oportunidad de ir a buscarlo antes de eso. Tal vez la ciudad esté completamente cerrada en cuestión de horas. Esta podría ser su última oportunidad.

«No puedes hacerlo», le urge un pensamiento racional. «No puedes arriesgar tu vida por un perro».

«Él lo haría por ti sin pensarlo», dice otro pensamiento, mucho menos racional.

William aprieta los dientes. El semáforo cambia a amarillo justo cuando comienza otra canción en la radio. Es *Iron Man*.

William mira la radio fijamente, murmurando: —Si eso no es una señal, no sé qué lo es...

Y cuando el semáforo se pone en verde al siguiente segundo, William espera a que el autobús avance, despejando el camino para que él gire a la derecha. Pero el autobús sólo avanza unos pocos pies antes de que el conductor se detenga y toque la bocina.

William estira el cuello para ver qué está pasando frente al autobús. Vislumbra a un hombre de mediana edad que camina penosamente hacia la carretera. Su piel tiene el inconfundible tono verdoso y de un cráter en su abdomen cuelgan lo que parecen hilos de espaguetis gigantes. Los pantalones cortos del hombre, que probablemente alguna vez fueron beige, ahora están empapados de sangre y han bajado hasta sus rodillas, revelando su ropa interior y haciéndolo caminar de una manera casi cómica, con pasos pequeños, balanceándose de un lado a otro. Se detiene frente al autobús y levanta las manos, dejando manchas de sangre en el parabrisas. Recuerda mórbidamente a William, a un bebé gigante que quiere que su padre lo levante.

El conductor del autobús sale.

—¡No, no, no! —William golpea la bocina y busca a tientas el botón para bajar la ventana— ¡No, aléjate de él! ¡Es...

Pero es demasiado tarde. El zombie ya se ha lanzado sobre el conductor y lo ha derribado.

Un coche toca la bocina impacientemente detrás de William, probablemente el conductor está molesto por la inexplicable pausa en el tráfico, completamente ajeno a lo que está sucediendo frente al autobús. Otro conductor del lado opuesto ha detenido su coche y viene corriendo a ayudar. Agarra al zombie para arrastrarlo lejos del conductor, pero sólo logra que lo muerdan en la muñeca.

Mientras William mira la escena, su mente se vacía de todos los pensamientos. Sólo puede sentarse y mirar con asombro y horror. Se da cuenta de lo rápido que se propagará esto. Qué pronto todo se convertirá en caos. De alguna manera, había imaginado ingenuamente que los zombies ya se habían convertido en un fenómeno conocido; que la gente común reconocería el peligro, que habían visto al menos algunos malditos episodios de *The Walking Dead*. Después de todo, le tomó sólo un segundo reaccionar cuando se enfrentó a la chica en el sótano del hospital. Pero aparentemente, no todo el mundo puede hacer lo mismo.

Tal vez sea una cuestión cultural, reflexiona William mientras todavía está sentado allí, mirando cómo se detienen más coches. Tal vez, si esto hubiera estado ocurriendo en los Estados Unidos, habría sido diferente. Pero la mayoría de los daneses modernos, con su enfoque práctico y realista de la vida, no parecen reconocer a los que no están muertos cuando los ven.

El coche detrás de él toca la bocina de nuevo, despertando a William del trance. La intersección casi se ha bloqueado ahora, y en cuestión de segundos, quedará atrapado en un atasco. Así que William decide no preocuparse por las leyes de tráfico y pisa el acelerador, avanzando rápidamente y luego girando el volante hacia la derecha. El zombie con pantalones cortos ha perdido interés en el conductor del autobús y ahora se está levantando para ir tras el desafortunado samaritano que está allí, sujetándole la muñeca sangrante.

William ve la oportunidad, y antes de que tenga tiempo de pensarlo, gira el volante y golpea al zombie con la esquina del parachoques delantero, enviándolo volando por la acera.

William no reduce la velocidad, sino que sale de la intersección y avanza por la calle, su corazón latiendo con fuerza en el pecho y una repentina ráfaga de energía burbujeando en su garganta.

—¡A la mierda, pedazo de mierda! —grita al espejo retrovisor— ¡Los vivos finalmente anotan un punto!

William sube el volumen de la radio y de *Ozzy Osbourne*.

ONCE

Cuando entra al estacionamiento frente a su edificio tres minutos después, la adrenalina ya ha pasado, *Iron Man* ha causado muerte y destrucción, y William ha bajado el volumen de la música.

Circula por el estacionamiento unas cuantas veces mientras mira hacia afuera, revisando en todas direcciones, antes de detenerse junto a la puerta de su escalera. No hay zombies a la vista, sólo un par de niños jugando en el parque al lado del estacionamiento.

William pone el freno de mano pero deja el motor encendido y se desabrocha el cinturón de seguridad. Se queda ahí un momento, considerando qué hacer. La niña en el asiento trasero no se ha movido en lo más mínimo; sigue respirando tranquilamente.

«Bien, puedes hacerlo. Sólo son tres pisos. Estarás fuera menos de dos minutos».

Respira hondo. Luego gira la llave y la saca del encendido. El silencio desciende inmediatamente cuando el motor se apaga. Sólo se oyen los gritos felices de los niños y el ruido de fondo lejano de la ciudad.

William sale y corre hacia la puerta. Al entrar en la escalera vacía, se detiene y escucha por un segundo, luego comienza a subir tres escalones a la vez. Jadeando y con el corazón latiendo fuerte, se detiene frente a la puerta de su apartamento.

Sacude la llave y dice en voz baja: —Soy yo —Luego, abre la puerta.

Ozzy, que estaba sentado justo al otro lado, le lame la mano saludándolo felizmente. Si el pastor alemán no hubiera oído las llaves y la voz de William, la bienvenida habría sido muy diferente. William ha estado entrenando a Ozzy con un adiestrador de perros policía retirado.

—Tenemos que apurarnos —dice, pasando junto al perro en el estrecho pasillo— Vamos a dar un paseo.

Esas últimas cuatro palabras hacen que Ozzy se emocione aún más, y de inmediato salta para agarrar su correa del clavo junto a la puerta. William va a la cocina y agarra la bolsa de comida para perros. Mira el refrigerador, sintiendo su estómago rugir. Ya casi es mediodía, y el desayuno parece haber sido hace mucho tiempo.

Deja la bolsa y prepara un par de sándwiches. También agarra cuatro cervezas enlatadas y mete todo en una bolsa de plástico. Lleva la bolsa y la comida para perros de vuelta al pasillo, donde Ozzy está sentado con su correa en la boca, moviendo la cola.

—Buen chico —dice William, tomando la correa—. Vamos.

Ozzy sale al corredor, y William cierra la puerta detrás de ellos. Bajan rápidamente las escaleras y salen al sol y al calor implacable. El estacionamiento sigue vacío, los niños siguen jugando, la niña sigue durmiendo en el asiento trasero.

William lanza la bolsa de comida para perros en el maletero. —Ahora tú, amigo. ¡Arriba!

El pastor alemán salta y se sienta.

—Buen chico —dice William. Está a punto de cerrar el maletero cuando algo llama su atención. Desde el otro lado del parque, una figura solitaria cruza el césped. Incluso desde tan lejos, William puede ver los brazos extendidos y la cabeza que se mueve de un lado a otro. Una mujer, a juzgar por el cabello. Y se dirige directamente hacia los niños.

—Oh, joder ... —William corre por el estacionamiento— ¡Oigan! ¡Ustedes!

Los niños, que están ocupados lanzando puñados de arena en el tobogán, se giran rápidamente y lo miran con culpabilidad, ambos instintivamente escondiendo las manos detrás de sus espaldas. No deben tener más de ocho, quizás nueve años.

—No estábamos haciendo nada —dice uno de ellos rápidamente.

William se detiene frente a ellos y señala al zombie. —¿Ven a esa mujer allá? Es un zombie.

Uno de los niños jadea en voz alta. —¡Wow, eso es increíble! ¡Un zombie de verdad!

—Tienen que irse a casa de inmediato, ¿entendido? —continúa William, hablando rápido— En este mismo momento. Díganles a sus padres que cierren las puertas y pongan las noticias. ¿Entendido?

Los niños lo miran a él y luego a la mujer, que ya ha llegado al parque y ahora avanza tambaleándose hacia el arenero. El suelo blando no parece facilitarle el caminar, pero se dirige obstinadamente hacia los niños.

William está a punto de gritarles para que se muevan, pero por suerte, los niños ya parecen haber captado el mensaje, ya que están retrocediendo.

—¡Vayan! —les dice William— ¡Salgan de aquí! ¡Corran!

Uno de los niños se da la vuelta y corre hacia los apartamentos. El otro le lanza a William una mirada incierta. —Pero... mis padres no están en casa —dice, con la voz temblorosa.

—¡Entonces vete a casa con tu amigo! ¡Rápido!

La mujer zombie está tambaleándose más allá de la arena, acercándose, ahora a menos de diez metros de distancia. Ella gruñe y abre los dedos en un gesto ansioso. La mayor parte, de la parte posterior de su cuello está ausente, y su cabello ha sido casi arrancado del cráneo.

El niño finalmente se da la vuelta para correr, pero choca directamente contra el columpio, soltando un grito y cayendo al suelo.

William, que ya había comenzado a correr él mismo, se detiene abruptamente. —Maldita sea... —Corre hacia el niño, lo agarra del brazo e intenta levantarlo, pero el niño está aturdido por la colisión, así que William termina arrastrándolo por la arena.

La mujer zombi gruñe aún más fuerte, aumentando su velocidad, como si sintiera la oportunidad. Ella se está acercando. William no puede arrastrar al niño lo suficientemente rápido, y no hay tiempo para levantarlo. En cambio, grita inútilmente a la mujer— ¡Aléjate!

La zombie se inclina para agarrar las piernas del niño, falla y da unos pasos más, falla de nuevo, por poco, casi perdiendo el equilibrio pero manteniéndose en pie, yendo por un tercer intento. William da un último tirón fuerte del brazo del niño, esperando sacarlo del alcance del zombie pero pierde el agarre, y ambos caen al suelo.

Por un largo y aterrador momento, William se da cuenta de que sólo queda un resultado posible. El niño no puede levantarse a tiempo. La zombie ya se está inclinando, agarrando su pie. El niño grita cuando su boca desciende sobre su pierna desnuda.

Entonces, todo se acelera, cuando algo grande y marrón viene volando desde el lado, golpeando a la mujer y tumbándola de lado.

William mira atónito a Ozzy, que ha hundido sus dientes profundamente en el brazo inferior del zombie, desgarrándolo como si intentara arrancarlo de la articulación. La mujer apenas parece notar al perro, simplemente intenta volver al niño, todavía aferrándose a su zapato con una mano, pero ahora está siendo arrastrada en dirección opuesta por una serie de tirones violentos de Ozzy.

Dios mío, es más fuerte que yo, piensa William asombrado, todavía incapaz de actuar.

El niño, que ha comenzado a llorar, se levanta y corre torpemente con un solo zapato hacia los apartamentos. William salta de pie y corre hacia el coche, mirando hacia atrás a Ozzy que todavía se aferra al zombi.

Cuando llega al maletero abierto, se mete dos dedos en la boca y da un corto y fuerte silbido. "¡Suelta, Ozzy! ¡Vamos!"

El perro suelta inmediatamente el brazo desgarrado de la mujer y corre hacia él.

—¡Arriba! —dice William. Ozzy obedece y salta al maletero, aunque sigue lanzando miradas ansiosas hacia la mujer zombi, que ha comenzado a perseguirlos— Buen chico —dice William, cerrando de golpe el maletero.

Corre hacia la puerta del conductor y se arroja detrás del volante. Desde el maletero, Ozzy ha comenzado a gimotear inquieto, mientras mira a la mujer acercándose al auto.

—Está bien —dice William, girando la llave—. Cálmate, Ozzy, ya nos vamos —Está hablando principalmente para calmarse a sí mismo. Todo su cuerpo está temblando de adrenalina, el sudor frío le corre por la espalda, como un drogadicto pasando por abstinencia. Pone el auto en marcha y lo acelera.

Mientras salen del estacionamiento, ve al zombie en el espejo retrovisor, siguiendo el auto unos metros más. Luego, se detiene, aparentemente perdiendo interés, antes de girar y dirigirse hacia los apartamentos, obviamente sintiendo una presa más accesible.

—Espero que no pueda abrir las puertas delanteras —murmura William para sí mismo, secándose un chorro de sudor de la frente.

Piensa en los niños y en lo sorprendentemente rápido que captaron el mensaje. Tan pronto como dijo la palabra "zombie," supieron exactamente lo peligrosa que era la mujer. El término obviamente no era nuevo para ellos; probablemente ya habían reventado varios cerebros de zombis jugando videojuegos.

«Larga vida a la juventud», piensa William, alcanzando una cerveza en la bolsa. «Puede que tengan una oportunidad de sobrevivir a esto...»

DOCE

Thorsten maldice en voz baja mientras mira fijamente los números rojos del ascensor que cuentan lentamente hacia abajo.

«Malditos gamberros. Simplemente no puedes confiar en los jóvenes hoy en día...»

Thorsten está a sólo tres años de su jubilación, de hecho, es demasiado viejo para seguir trabajando como portero, pero se ha cuidado bien, cuidando de su espalda y no sobrecargándose, así que todavía se siente en muy buena forma.

Sin embargo, le molesta tener que correr el doble de rápido porque dos de los porteros más jóvenes decidieron simplemente irse en medio de un día muy ocupado.

Normalmente, Thorsten nunca trabaja en el sótano, pero alguien tiene que hacer el trabajo dejado por los dos desertores. Al menos hasta que consigan un reemplazo.

«Si esos gamberros no reciben una buena reprimenda por esto, me aseguraré de que al menos reciban una charla que nunca olvidarán».

El ascensor se detiene y las puertas se abren, revelando el sótano, y Thorsten avanza por el pasillo. Ha trabajado en este lugar durante décadas y conoce el edificio mejor que su propia casa, así que no necesita...

Thorsten se detiene abruptamente al notar la escritura en la puerta. Está hecha con marcador negro en una escritura rápida.

—¿Qué diablos es esto ahora?

Da un paso más cerca, frunciendo el ceño. Debe ser una broma. Algún niño debe haberse colado aquí abajo... excepto por el hecho de que el texto está colocado demasiado alto para que un niño lo haya hecho. «¿Podría ser alguien del personal, entonces? ¿Quién demonios haría algo así?» Los jóvenes porteros pueden no ser los más equilibrados, pero Thorsten todavía tiene dificultades para imaginar a uno de ellos haciendo esto.

La manilla salta repentinamente dos veces, haciendo que Thorsten retroceda. No esperaba que nadie estuviera en la habitación. Agarra sus llaves, pero luego vacila.

O es una broma de mal gusto, y alguien está esperando sorprenderlo, o podría ser algo más serio. Quizás alguien quedó encerrado en contra de su voluntad.

—¿Hola? —pregunta en voz alta— ¿Quién está ahí dentro?

No hay respuesta desde la habitación, excepto otro tirón de la manilla.

—¡Voy a desbloquear la puerta ahora! —grita— Pero no estoy de humor para sorpresas, ¿entendido?

Aun así, no hay respuesta.

Thorsten introduce la llave y la gira. Presiona la manilla hacia abajo y abre la puerta.

La chica avanza de inmediato. Thorsten suelta un suspiro y retrocede. Se había preparado mentalmente para una sorpresa, tal vez incluso desagradable, pero no para esto. El hedor viene hacia él como una avalancha, haciéndole jadear por aire.

Thorsten ha visto mucha gente enferma y herida en su vida, pero esta chica se lleva el premio. Algo obviamente está muy mal con ella, y sin embargo, increíblemente, todavía es capaz de caminar. Se le acerca a un ritmo tambaleante, extendiendo los brazos, y Thorsten nota los dedos que faltan, probablemente arrancados en algún tipo de accidente.

Retrocede e instintivamente extiende las manos para agarrarle, sujetándola por las muñecas y tratando de contenerla. Quiere ayudarla, pero no quiere que se acerque más.

—Está bien, tómatelo con calma ahora —dice en la voz más calmada que puede encontrar—. Te conseguiremos ayuda. Sólo...

Es interrumpido cuando la cabeza de la chica se inclina hacia adelante y muerde con fuerza su muñeca.

—¡Ay, maldita sea! —Thorsten grita y retira su mano. La chica inmediatamente va por la otra, así que la suelta y retrocede aún más—. Deja de hacer eso, ¿me oíste? —La chica parece no escucharlo en absoluto; sólo está interesada en dar otro mordisco, así que Thorsten da otro paso atrás y alcanza la pared, sujetando su muñeca sangrante— Ahora me escuchas. Necesitas recostarte y...

Eso es todo lo que tiene tiempo de decir antes de que la chica se lance hacia él. Esta vez, está algo preparado y logra evitar sus dientes. En su lugar, la empuja hacia atrás, casi haciéndola tambalearse.

Mira de su muñeca palpitante a la chica. «¿Qué demonios le pasa? Debe ser rabia o algo así...»

Decide abandonar cualquier intento de ayudar él mismo a la chica y en lugar de eso va a buscar ayuda. Corre hacia el ascensor, apretando fuerte la muñeca, intentando detener la sangre, que encuentra por su camino a través de sus dedos en finos hilos, dejando un rastro de sangre por el pasillo.

El ascensor ha vuelto a subir, así que Thorsten presiona el botón. Escucha pasos detrás de él y se gira.

La chica lo ha seguido, con los brazos extendidos, como si anhelara abrazarlo. Thorsten nunca tuvo hijos, pero solía estar casado con una mujer que tenía una hija adolescente, Camila era su nombre, y Thorsten desarrolló una buena relación con su hijastra. Thorsten y la mujer se separaron, y han pasado casi cuatro años desde que vio a Camila, pero por un breve instante, ve su rostro en la chica enferma frente a él, y lo hace dudar.

«Dios mío, es la hija de alguien...»

Los ojos de la chica son tan diferentes a cualquier cosa que haya visto, si no supiera mejor, juzgando sólo por los ojos, habría pensado que la chica ya estaba muerta.

Excepto, que claramente no lo está, ya que está acercándose a él con entusiasmo, pareciéndose mucho a Camila.

—Tú... tú quédate lejos de mí —murmura, tratando de hacer que suene como una demanda, pero sale como una súplica.

La chica no presta atención de ninguna manera. Está a sólo unos pasos de distancia, cuando las puertas finalmente se abren detrás de él, y Thorsten puede moverse de nuevo. Entra y presiona el botón para el piso de abajo. Luego, retrocede hacia la pared trasera, mirando fijamente a la chica que está a punto de entrar en el ascensor, mientras las puertas comienzan a cerrarse.

—¡Detente! —grita, encontrando de repente su voz nuevamente— ¡Te quedas ahí! ¿Me oyes?

Las puertas se cierran a menos de medio segundo, lo que hace que sea demasiado tarde. La chica está adentro. Thorsten comienza a gritar.

Cuando el ascensor llega al vestíbulo de entrada menos de un minuto después, Thorsten está muerto.

La chica, cuyo nombre alguna vez fue Selina, está ocupada comiendo su hígado. Percibiendo una nueva presa viva, gira la cabeza, lamiendo la sangre marrón oscura de sus labios.

Frente a ella, a punto de entrar en el ascensor, hay un joven con una taza de café y una expresión de terror petrificada en su rostro. Se convirtió en padre por primera vez esta mañana, y sólo bajó aquí para tomar café. Ahora, está regresando a la sala de maternidad para estar con su esposa y su recién nacido. Sin embargo, nunca vuelve a ver a ninguno de ellos.

Tres minutos después, el vestíbulo de entrada se ha convertido en un caos.

TRECE

Finn está sudando excesivamente bajo el abrasador sol del mediodía y la parte baja de su espalda está empezando a quejarse. Pero casi ha terminado de recortar el seto, así que sigue adelante.

Un movimiento lo hace girar la cabeza para ver a su esposa cruzando el césped llevando una lata de cerveza y un plato poco profundo. —Refrescos para mi jardinero —dice ella, entregándole la cerveza.

—Gracias, cariño —gime él, limpiándose el sudor de la frente—. ¿Quieres que la beba de eso?

—Esto no es para ti —le dice ella, poniendo el plato en la sombra del seto. Finn nota que está lleno de agua—. Es para los pobres erizos. Seguro que sufren terriblemente con este calor.

—No son los únicos —murmura Finn, abriendo la lata y bebiendo la mitad. Se ha vuelto algo hábil para beber cerveza después de su jubilación el año pasado. Es un pasatiempo maravilloso, cada vez que el jardín no demanda su atención.

—No entiendo por qué no esperas hasta el atardecer —dice Lone—. Este no es el mejor clima para estar trabajando.

—Pensé que terminaría antes de que se pusiera mal el tiempo. Me sobreestimé, supongo. Pero casi he terminado ahora, así que...

Un fuerte estallido proveniente del otro lado del seto es seguido por el sonido de cristales rotos. Finn sabe instantáneamente la fuente del ruido y estira el cuello para ver la casa de vidrio del vecino. «Probablemente los nietos de Olsen jugando». Finn a menudo ha tenido que devolverles su pelota de fútbol cuando la han pateado accidentalmente sobre el seto.

Pero no puede ver ni a los niños ni a la pelota en ninguna parte. En cambio, ve a un hombre tambaleándose a lo largo del costado de la casa de vidrio, aparentemente luchando por mantenerse en pie. Es del Medio Oriente o tal vez árabe.

—¿Qué está pasando allí? —pregunta Lone, ya que no es lo suficientemente alta como para mirar por encima del seto.

El primer pensamiento de Finn es que el hombre ha estado entrando ilegalmente en la casa de Olsen; ciertamente parece alguien haciendo negocios turbios, la forma en que sigue lanzando miradas nerviosas en todas direcciones. Probablemente entró en la casa de vidrio por accidente.

—Ve adentro —le dice Finn a su esposa y toma el rastrillo.

—¿Qué está pasando, Finn? —exige ella.

La respuesta a su pregunta llega atravesando el seto en ese preciso momento. El árabe tropieza y cae sobre el césped.

Lone emite un grito de sorpresa, y Finn avanza rápidamente, sosteniendo el rastrillo listo para defenderse. —¿Qué crees que estás haciendo? —pregunta en voz alta— ¿Qué haces en mi propiedad, eh?

El hombre levanta la vista, desconcertado, parpadeando y enfocándose en Finn. Y cuando Finn lo mira, ve el rostro del hombre correctamente por primera vez, y siente un pellizco de simpatía inesperado. El tipo obviamente está terriblemente asustado; su piel dorada está pálida y sudorosa. Murmura algo en árabe y levanta una mano.

—Por Dios —gime Finn cuando ve los dedos faltantes en el desorden sangriento.

—Dios Todopoderoso —susurra Lone detrás de él—. ¡Finn, está realmente herido!

—Llama a una ambulancia —dice Finn, soltando el rastrillo, mientras Lone corre hacia la casa—. Aquí, déjame ayudarte... —Se arrodilla y trata de levantar al hombre, cuidando de no tocar la mano herida. El hombre se aferra a Finn y sigue balbuceando incomprensiblemente.

Está entrando en estado de shock.

Finn ha visto cosas peores cuando sirvió en el ejército durante los Balcanes, y eso probablemente es lo que le permite pensar con claridad en esta situación.

—Tenemos que llevarte adentro, lejos del sol —dice, sin estar seguro de si el hombre lo entiende, pero aún así quiere tranquilizarlo con una voz calmada, así que continúa:— La ambulancia está en camino. Limpiaremos la herida mientras tanto. Estarás bien.

Finn apoya al hombre a través del césped. Es un trabajo pesado, ya que el tipo apenas puede mantenerse en pie, y Finn casi tiene que llevarlo. «Mañana sentiré esto en la espalda», piensa entre sí y aprieta los dientes.

CATORCE

Dan se sienta de golpe en la cama. El sudor lo está empapando, el aire está sofocantemente caliente, y por un momento aterrador, está seguro de que está de vuelta en el sótano de la casa de la anciana.

Entonces, parpadea y vuelve en sí. Está en su habitación. El calor proviene del sol que entra por la ventana. No está en peligro. Ya no hay más zombies.

Dan suspira y se seca el sudor de los ojos, columpia la pierna fuera de la cama y se levanta. Su estómago se siente como un gran agujero vacío, y su cuerpo está adolorido en varios lugares, especialmente alrededor del tobillo.

Instantáneamente, le vienen a la mente Jennie y Thomas, y siente como si sus entrañas se sumergieran en un pozo muy profundo. Se tambalea hacia el baño, se echa agua fría en la cara y bebe ávidamente hasta que le duele la garganta.

Mira fijamente su reflejo en el espejo por un momento. La vista no es exactamente alegre; ha sobrevivido a los zombies, pero de todas formas parece uno: pálido, débil y con círculos oscuros bajo los ojos.

«Un gato. Soñé con un gato».

El pensamiento atraviesa su cabeza de repente. No está seguro de por qué, pero de alguna manera siente que su mente está señalando algo importante. Aún está demasiado adormilado para pensar claramente, así que aparta ese sentimiento y va a la cocina.

Su mamá está sentada en la mesa del comedor, mirando fijamente hacia el jardín trasero, sus ojos están rojos por el llanto. Su abuela está haciendo café. —Oh, hola, Dan —dice, acercándose para abrazarlo—. Estoy tan contenta de que estés bien.

—Dan sonríe débilmente y mira a su mamá—. ¿Dónde está papá?

—Acaba de salir a dar una vuelta —dice su abuela, volteándose bruscamente lejos de él para concentrarse en el café—. Tenía que... ocuparse de algo.

—Tu papá está en la funeraria —dice su mamá sin moverse, con una voz completamente inexpresiva—. Está eligiendo un ataúd para Jennie.

Dan ve el frasco de pastillas en la mesa junto a su mamá. Ella sufrió un colapso por el estrés hace unos años, y el médico le recetó medicamentos para la ansiedad. Aunque está mejor hoy en día, todavía guarda las pastillas y toma una cuando se siente estresada. Dan recuerda con demasiada claridad lo adormecida que se pone con los medicamentos, y le entristece verla así. No tanto el hecho de que esté drogada, sino cómo parece que ya no puede manejar situaciones difíciles.

La abuela trae el café. —Debes estar hambriento, Dan. ¿Quieres que te haga algo? ¿Qué tal avena? Sé que te encanta la avena.

—No tengo mucho apetito —murmura Dan y se sienta al lado de su mamá.

Desde la sala de estar puede ver que la televisión está encendida sin sonido, mostrando algún estúpido programa de la tarde. Afuera, en el jardín, el sol brilla como lo ha estado haciendo durante las últimas semanas. A primera vista, todo parece normal. Excepto que nada es normal hoy.

—Mamá —dice Dan cautelosamente—. Lo siento por lo que pasó... realmente intenté ayudarla. No es tu culpa —dice su mamá, aún sin mirarlo, con la voz débil—. No es culpa de nadie.

Dan aprieta los labios. Había esperado que dijera algo que pudiera aliviar un poco su culpa. Sabe lógicamente que la muerte de Jennie no fue su culpa, y sin embargo, todavía siente que lo fue.

Se sientan en silencio por un rato. Su abuela le trae un gran tazón de avena, y cuando Dan huele la comida, de repente se siente extremadamente hambriento y devora toda la porción.

Después, con el estómago lleno, se siente un poco mejor. Quiere decir algo más a su mamá, pero decide no hacerlo. No servirá de nada mientras ella esté así. En cambio, se levanta y va a la sala de estar. Está a punto de lanzarse en el sofá, cuando nota lo que está sucediendo en la televisión.

Es un reporte de noticias, en vivo, al parecer, y están transmitiendo desde algún lugar de esta ciudad. Dan reconoce el hospital por donde pasó él mismo hace unas pocas horas. Ahora, hay coches de policía estacionados por todas partes, agentes vestidos con equipo antidisturbios, con perros y armas, todos están corriendo hacia el edificio. La imagen se mueve mientras el

camarógrafo se acerca, y Dan alcanza a ver algo a través de las puertas de vidrio que hace que su estómago se contraiga.

Dentro del vestíbulo de entrada, se está desarrollando una escena caótica. Mucha gente parece estar luchando con la policía, y personas heridas están tendidas por todas partes en el suelo. Una figura pasa tambaleándose, mirando hacia afuera a través del vidrio por un breve segundo, y Dan la reconoce.

—¡Selina! —respira, con la boca abierta.

Regresan al estudio donde un reportero con una expresión muy grave está hablando bajo el titular: —¡Última hora! ¡Riñas sangrientas en el hospital local!

—¿Cómo... cómo puede ser...? No lo entiendo... ella lo mató... ella dijo que lo mató...

—¿Qué pasa, Dan? su abuela pregunta desde algún lugar muy lejano.

Las piezas caen en su lugar con golpes sordos y pesados en la mente de Dan.

«Jonas no estaba completamente muerto. Esa es la única explicación. O tal vez... tal vez Selina recibió un rasguño que no había notado».

De cualquier manera, no importa. Lo importante es que la catástrofe que Dan estaba seguro de haber evitado con éxito, ahora se está desarrollando frente a sus ojos.

El reportero se toca el oído como si alguien estuviera hablando en su auricular. Dan busca el control remoto, lo encuentra y desactiva el silencio.

—... que hace apenas unas horas, un ataque similar tuvo lugar a sólo unas millas fuera de la misma ciudad. Nuestra información aún es escasa, pero al parecer, el objetivo era un autobús escolar, y se dice que una pareja de ancianos estuvo involucrada. Estamos tratando, mientras hablamos, de averiguar más...

—Pareja de ancianos —murmura Dan—. Fuera de la ciudad...

Más piezas encajan. Piensa en su sueño. Algo sobre un gato.

«¡El gato!... ¡Santa madre, era el gato! Pisó la sangre y luego arañó a la mujer... Se infectó, al igual que Thomas por el vidrio roto...»

Y de repente, la imagen se completa, y Dan ve todo claramente. Cómo la catástrofe no está evitada, cómo, de hecho, ha estado creciendo mientras él dormía, expandiéndose a proporciones catastróficas, y ahora probablemente es demasiado tarde para detenerla. A menos que la policía sea rápida y efectiva. Pero ¿saben siquiera a qué se enfrentan? ¿Y tienen los recursos?

—¿Qué es esto ahora? —Su abuela está parada junto a él—. "¡Dios mío! Eso no está aquí en la ciudad, ¿verdad?"

La imagen ha cambiado de nuevo a la escena junto al hospital.

—Escucha, abuela —dice Dan, girándose para mirarla—. —Tenemos que irnos de la ciudad, ahora mismo. No ha terminado. Lo que le pasó a Jennie está pasando a muchos otros. Es sólo cuestión de tiempo antes de que toda la ciudad...

—Tranquilo, Dan, cálmate.

—... sea tomada por completo. No es seguro estar aquí. Necesitamos...

—Toma una respiración profunda, Dan. No estás diciendo nada coherente.

Dan se da la vuelta y corre hacia la cocina. —¡Mamá!

Su mamá lo mira adormilada. —¿Qué?

—Necesitas escucharme. Estamos en peligro aquí. Necesitamos irnos, ahora mismo.

Una expresión de leve irritación pasa por el rostro de su mamá, pero no responde, simplemente gira la cabeza para mirar hacia afuera al jardín de nuevo.

—¡Mamá! —grita Dan y agarra sus hombros—. ¡Por favor, escúchame!

Su mamá lo aparta con un gruñido. Parece que está a punto de decir algo, pero luego su rostro se desmorona y comienza a llorar.

Dan retrocede. —Lo siento, mamá, no quise...

Su abuela pone una mano en su hombro. —Deja a tu mamá, Dan. Ya está luchando lo suficiente.

Los oídos de Dan captan un sonido que al principio cree que proviene del televisor: el sonido de las sirenas. Pero el sonido se intensifica, y Dan corre hacia la ventana de la cocina que da al camino de entrada.

Aparece una ambulancia a la vista, deteniéndose junto al bordillo. Dos paramédicos con chalecos amarillos saltan y corren hacia la casa número 18.

QUINCE

—¿Qué diablos les está tomando tanto tiempo? —Lone está caminando de un lado a otro por la cocina mientras echa miradas rápidas por las ventanas.

—Siéntate —murmura Finn—. O al menos deja de moverte. Ellos estarán aquí tan pronto como puedan.

Él está sentado en una silla en la cocina, vigilando al árabe, quien está acostado en el sofá de la sala de estar. La mano herida está descansando en su pecho, envuelta en un vendaje bastante decente que Finn pudo hacer gracias al botiquín de primeros auxilios que aún está abierto en la mesa de centro. Junto a él hay un vaso de agua que Finn intentó, sin éxito, hacer que el hombre bebiera. Sólo movió la cabeza de un lado a otro y siguió murmurando delirantemente.

—Al menos se ha calmado ahora —dice Lone, con un tono de alivio inconfundible en su voz—. Supongo que eso es una buena señal, ¿verdad?

—Yo pensaría que sí —responde Finn, vaciando la tercera lata de cerveza antes de ponerse de pie.

—¿Qué estás haciendo? —Lone pregunta de inmediato.

—Sólo voy a revisarlo —Finn camina hacia la sala de estar. Tan pronto como se acerca al sofá, percibe el olor de algo agrio. Podría ser sólo sudor, pero le recuerda a la fiebre.

Él mira hacia abajo el rostro húmedo del árabe y puede darse cuenta de inmediato que su condición ha empeorado realmente. Si bien es cierto que ya no está retorciéndose, y ha dejado de balbucear incoherentemente, ahora su piel morena ha adquirido un tono grisáceo que Finn encuentra muy alarmante.

—Maldita sea —gime, arrodillándose.

—¿Hay algo mal? —Lone llama desde la cocina.

Finn la ignora y examina más de cerca el vendaje. Está rojo oscuro por la sangre seca, pero la piel justo al lado de él ha tomado un tono casi verde.

Envenenamiento de la sangre. Pero, ¿cómo diablos pudo haber aparecido tan rápido? El pobre hombre debe haber sido infectado antes de cortarse con el vidrio.

Finn mira fijamente el vendaje y recuerda la vista de la mano herida. El muñón donde habían estado los dedos estaba ensangrentado y destrozado. No es exactamente una lesión que le atribuirías al corte limpio del vidrio roto. De hecho, la mano parecía más como si el tipo la hubiera metido en una licuadora.

Tal vez algo lo mordió... tal vez se peleó con un perro grande.

Si ese es el caso, lo que le está sucediendo al tipo podría ser rabia o algo igualmente agresivo. Finn pone su palma en la frente del árabe, sintiendo, para su sorpresa, cuán fría está la piel.

¡Vaya! La fiebre debe haber cedido.

Normalmente, Finn tomaría eso como una buena señal; sin embargo, en este caso, está bastante seguro de que es todo lo contrario. El cuerpo del árabe parece estar renunciando a la lucha contra lo que sea que lo esté atacando. Su respiración se ha vuelto corta y superficial.

Si no están aquí en cuestión de minutos, entrará en paro cardíaco.

Finn cierra los ojos y respira pesadamente por un momento. Qué día tan complicado ha resultado ser este. No hace ni media hora estaba en el jardín recortando arbustos, y su única preocupación era el dolor en su espalda. Ahora está sentado con un hombre moribundo.

Lone llama desde la cocina: —¡Están aquí! ¡Finn, están aquí!

Finn nota las sirenas. Se pone de pie y va a la cocina. Ve la ambulancia detenerse y dos paramédicos saltan de ella.

—Ve a verlo —dice, comenzando hacia el vestíbulo. Abre la puerta principal justo cuando los paramédicos vienen corriendo—. ¡Está aquí adentro! Apúrense, él no está muy bien. ¡Está en la sala de estar!

Los dos hombres pasan junto a él sin hacer preguntas y se dirigen a la sala de estar.

—¡Finn! —llama Lone desde la sala de estar, su voz es estridente. —¡Finn, ven a ver esto!

Finn regresa rápidamente a la habitación, casi chocando con los paramédicos, quienes se han detenido abruptamente en el umbral. Cuando ve lo que ellos ven, también se detiene abruptamente.

Lone está parada al lado del sofá. El árabe está sentado completamente erguido, su boca se abre y se cierra lentamente, un hilo de saliva gotea de su labio inferior. Pero Finn sólo ve los ojos del hombre. Están muy abiertos, mirando a la nada, y tanto la pupila como el iris están

completamente desaparecidos. Al mirar al tipo, Finn recuerda a esos peces que viven en lo profundo del océano, con sus ojos ciegos por vivir en la oscuridad eterna.

Lone es la primera en hablar. —Creo que él...

Es interrumpida cuando el árabe de repente se mueve con una velocidad sorprendente. Se retuerce hacia un lado, extiende los brazos, agarra la blusa de Lone, la jala hacia abajo, abre la boca y muerde con fuerza el costado de su cuello.

Lone grita agudamente, más por sorpresa que por dolor, y los paramédicos vuelven a la vida.

Sin embargo, Finn se encuentra completamente incapaz de moverse. Es como si alguien hubiera desconectado el enchufe de su cuerpo viejo, y sólo puede quedarse allí parado, viendo todo lo que sucede frente a él a través de un velo de shock.

La sala de estar se convierte en un enredo de brazos que se agitan y dientes que chasquean. Los paramédicos logran, en un esfuerzo conjunto, arrancar al árabe de Lone, pero él se lleva consigo un pedazo masivo de su cuello, y la sangre comienza a brotar de inmediato. Un segundo después, el árabe ha sujetado el hombro de uno de los paramédicos, haciéndolo gritar y tropezar con sus propios pies, alcanzando y agarrando al otro paramédico en un esfuerzo por no caerse, pero sólo logra derribar a su colega con él.

Los ruidos sólo llegan a Finn como un zumbido amortiguado. Los gritos de los paramédicos, los gritos de Lone, el gruñido animal del árabe, el choque de la mesa de centro al ser volcada de lado mientras los paramédicos se apresuran frenéticamente a contener al árabe mientras simultáneamente evitan ser mordidos, lo que resulta imposible, ya que ambos sufren rápidamente heridas sangrientas cuando los dientes del árabe atraviesan sus uniformes.

Lone es la última persona que queda de pie, pero sólo por unos segundos, mientras trata en vano de detener la sangre que sale de su cuello, sus manos diminutas y temblorosas se ensucian en poco tiempo. Sus ojos recorren la habitación, distantes y soñadores, y por un momento se conectan con los de Finn. Más tarde, jurará que la vio sonreír; que su amada esposa de casi cincuenta años convocó su último esfuerzo de voluntad para enviarle una última sonrisa. Luego, ella se desploma y desaparece de la vista detrás del sofá.

Finn parpadea confusamente y vuelve su mirada al árabe, que ahora está encima de uno de los paramédicos, el pobre hombre gritando y luchando por sacárselo de encima, mientras el otro paramédico rueda por el suelo, agarrándose la mandíbula, a la que le falta la mayor parte de la piel. El árabe es el único que no ha disminuido la velocidad; todavía está mordiendo todo lo que está a su alcance, desesperado como un depredador que ha pasado hambre durante semanas.

«Así que, así es como termina esto», piensa Finn muy seriamente. Parte de su cerebro está tratando de convencerlo de que todo es sólo una mala pesadilla, pero la parte más racional sabe mejor. Sabe que Lone está muerta y que él mismo se unirá a ella en el camino al cielo en sólo unos momentos, tan pronto como el árabe pierda interés en los paramédicos ya muertos o muy cerca de estarlo y se dé cuenta de que Finn está parado allí. Por supuesto, debería correr, pero su cuerpo todavía está completamente insensible, y además, ¿cuál sería el punto? Lone se ha ido, así que ahora bien podría irse también él. Sólo espera que todo termine rápido y no...

—¡Finn!

Alguien grita su nombre muy cerca. Finn gira la cabeza para ver a un muchacho que conoce. Es Dan, el chico de enfrente. Dan lo mira con ojos grandes y asustados, pero también, sorprendentemente, de alguna manera decididos.

—Ven ... con ...migo —dice Dan, las palabras llegan a los oídos de Finn como ecos lejanos—. Tenemos ... que ... salir ... de aquí ...

Dan lo jala del brazo con fuerza, y Finn se sorprende al verse mover. Sin embargo, sus ojos son reacios a obedecer, y su cuello se gira para echar un último vistazo a Lone.

Justo cuando Dan lo arrastra fuera de la sala de estar, Finn realmente ve parte de su esposa: su mano sobresale detrás del sofá. La piel está verdosa. Los dedos tiemblan un par de veces. Lone está despertando de nuevo.

DIESCISÉIS

Dan arrastra a Finn fuera de la puerta principal y sólo lo suelta una vez que está seguro de que el anciano se mantendrá en pie y no colapsará.

—¿Finn? —dice, tratando de captar la mirada vidriosa y gris—. ¿Dónde está la llave?

—Finn parpadea aturdido— La llave ...?

—Sí, la llave de la casa. ¿La tienes? ¿Dónde está?

Las palabras realmente no parecen resonar, y Dan está a punto de abandonar su esfuerzo, cuando Finn de repente va a los bolsillos de su pantalón corto. —No ... no la tengo conmigo —murmura—. Probablemente está colgada en el clavo.

—¿Qué clavo? —exige Dan— ¿Dónde está el clavo, Finn?

—En el vestíbulo de la entrada.

—Entendido. Quédate aquí un momento, ¿de acuerdo?

Dan retrocede hacia la casa y mira a su alrededor. Desde la sala de estar, los gritos y golpes han cesado; en su lugar, escucha el inconfundible sonido de alguien masticando algo ruidosamente y de manera húmeda. Dan no tiene que mirar para adivinar quién ganó la pelea. En cuestión de minutos, habrá tres nuevos zombies en la casa. Por eso necesita cerrar con llave la puerta principal ...

Sus ojos captan el clavo en la pared junto al perchero, y agarra la llave, sale una vez más al sol ardiente, cierra la puerta de un golpe y la asegura con llave.

—Bien —le dice a Finn, que todavía está parado allí, con una expresión de no-sé-bien-lo-que-está-pasando en su rostro—. No pueden salir.

¿Salir? —repite Finn en un murmullo— Pero Lone ... Lone está adentro ...

La emoción que cruza el rostro de Finn, cuando se gira para mirar la casa envía una sacudida de empatía al corazón de Dan. La experiencia de perder a un ser querido todavía es demasiado

familiar para Dan, y ve el rostro de Jennie ante él. Empuja la imagen con fuerza hacia un lado, y se sorprende al descubrir que realmente puede hacerlo. —Ven conmigo, Finn —dice suavemente—. No hay nada más que puedas hacer por ella.

Pero ... pero yo ...

Dan toma su brazo y lo lleva por el camino del jardín. Finn lucha débilmente por un momento, luego sigue adelante. Cruzan la calle y son recibidos en el camino de entrada por la abuela de Dan, con los ojos bien abiertos. —¿Adónde fuiste, Dan? ¿Por qué saliste corriendo por la puerta así?

—Ayúdame aquí —dice Dan, evitando las preguntas—. Está ileso, pero creo que está en shock.

La abuela toma el otro brazo de Finn, sus ojos saltan entre Finn, Dan y la casa al otro lado de la calle. —¿Qué pasó allí, Dan? ¿Dónde están los paramédicos?

—Ellos ... todavía están en la casa —murmura Dan, ayudando a Finn a entrar.

—Pero ¿por qué no están ayudando a Finn? ¿Y quién estaba gritando hace un minuto? Lo escuchamos desde aquí. Tenía miedo de que tú...

Dan de repente deja de escuchar. Algo le ha golpeado con la fuerza de un ladrillo en la parte posterior de la cabeza.

«¡La puerta del jardín!»

—Necesito arreglar algo, abuela —dice, soltando a Finn y saliendo de nuevo—. ¡Volveré en un segundo!

—¡No, Dan! ¡Quédate aquí!

Dan corre fuera del camino de entrada. No se detiene para mirar si hay tráfico y casi es golpeado por una camioneta familiar, la cual toca su bocina. La ventana se baja, y su papá saca la cabeza. —¿Qué demonios estás haciendo, Dan? ¿Por qué estás corriendo por aquí?

—¡Papá! ... yo ... es ... —Dan no tiene idea de cómo explicar la situación en poco tiempo. Mira hacia la casa de Finn y Lone, y en ese momento, ve a Lone, mientras da vueltas por la esquina de la casa. Su cabeza se balancea sobre sus hombros, debido a que los tendones de su cuello han sido cortados, y la sangre todavía brillante ha empapado su camisa veraniega de flores.

Demasiado tarde... ella ya encontró la salida...

—Vamos, entremos —dice su papá. Aún no ha visto a Lone, y estaciona el auto en la entrada antes de que Dan pueda decir algo más. Dan sigue al auto, sin apartar la mirada de Lone, que se acerca por ese camino.

El motor del auto se apaga, y papá se baja. Ve a Lone. —¡Oh, hola, Lone! No estamos realmente... —Se interrumpe al ver de cerca a la vecina— ¿Qué diablos...?

Dan finalmente logra que su lengua funcione. —¡Cuidado, papá! ¡Se convirtió en un zombi!

Papá mira brevemente a Dan, luego a Lone, como si no estuviera realmente seguro de qué creer. Alguna especie de instinto parece decirle que Lone es peligrosa, mientras que otra parte racional de su cerebro puede ver que obviamente está herida y quiere ayudarla.

Dan le ha contado a la policía sobre los zombies, les ha explicado todo al psiquiatra y a sus padres, ha repasado los eventos de los últimos días lo que parece mil veces, sin embargo, ninguno le creyó, y Dan no podía culparlos realmente. Su papá, sin embargo, fue el único que realmente pareció considerar la legitimidad de lo que Dan decía, aunque no lo dijo explícitamente. Pero ahora, su papá parece reconsiderar si tal vez las horribles criaturas que Dan ha descrito podrían haber sido reales, y que una de ellas podría estar dirigiéndose hacia ellos en este momento.

Dan no espera a que su papá decida, sino que corre y agarra su muñeca. —¡Vamos, papá! ¡Tenemos que entrar! ¡Ella es peligrosa! ¡Quiere comernos!

—¿Comernos? —repite su papá— Honestamente, Dan...

Pero nunca termina la oración, porque ahora Lone ha cruzado la calle y se está acercando a la entrada, y está lo suficientemente cerca para que su papá vea que algo está completamente mal: sus cálidos y amigables ojos de anciana, ahora están vacíos, son bolas blancas rodando ciegamente en sus cuencas, pero de alguna manera todavía viendo.

Papá empuja a Dan hacia la puerta. —Date prisa, entra.

Dan corre hacia la puerta, justo cuando Finn reaparece. La abuela de Dan está tratando de jalarlo hacia atrás, pero Finn ya ha visto a su esposa muerta, y su expresión se vuelve en blanco mientras murmura: —¿Lone?

Dan lo empuja hacia atrás mientras intenta ir hacia ella.

—No, ¡entra! Abuela, ¡ayúdame a hacerlo entrar!

Su abuela ya está forcejeando para contener a Finn, pero él es sorprendentemente fuerte para un anciano, y por un momento los tres están atrapados en un punto mortal justo en el umbral, Finn repitiendo el nombre de su esposa. —Lone... Lone, estoy aquí... Estoy aquí, Lone... Te ayudaré...

Dan es presa del pánico. —¡Entra, entra! —Empuja a Finn en el pecho con suficiente fuerza como para hacerlo retroceder y casi caer, si la abuela de Dan no estuviera allí para atraparlo.

—Dan, ¡ella viene! —grita su papá desde detrás de él.

Dan se voltea para ver a Lone lanzarse hacia su papá.

—Papá, ¡no!

Su papá atrapa las muñecas de Lone un instante antes de que sus largas uñas puedan arañarle la cara. Fuerza sus brazos hacia atrás, pero Lone responde lanzando su cabeza hacia adelante, mordiendo salvajemente hacia su rostro y garganta, sus diminutos dientes golpeando a escasos centímetros de la piel de su papá. Sorprendentemente, el papá de Dan no parece entrar en pánico, sino que sujeta a Lone firmemente, manteniéndola a una distancia segura. Dan sólo mira a su papá por un segundo, impresionado y asombrado.

—¡Entra, ahora, maldita sea! —grita su padre sobre su hombro—. ¡Y cierra esa puerta!

La abuela todavía está luchando por contener a Finn. Dan duda un momento más, mirando indeciso de un lado a otro. No puede dejar a su papá afuera, pero tampoco puede hacer mucho para ayudarlo.

Entonces ve a los paramédicos, realmente es increíble que no los haya visto antes de ahora, ya que uno de ellos ya está a medio camino de la entrada. Papá todavía está luchando con Lone, todavía gritando para que entren y cierren la puerta, y no ha notado a los recién llegados.

—¡Cuidado, papá! ¡Detrás de ti!

Justo cuando Dan grita, su papá empuja a Lone con fuerza. Ella cae y golpea su cabeza contra el pavimento con un golpe sordo y enfermizo. Parpadea, gime y agita los brazos, tratando de levantarse, pero aparentemente no puede, ya que su cerebro acaba de recibir un golpe lo suficientemente fuerte como para dejar inconsciente a una persona viva.

El paramédico más rápido avanza y clava sus dientes en el hombro de papá. Grita de dolor. El sonido se mezcla con el grito angustiado de Dan. Luego, el cuerpo de Dan toma el control. Salta directamente a la acción, agarra la camisa manchada de sangre del paramédico y lo jala hacia atrás justo cuando está a punto de morder el hombro de papá por segunda vez. El zombie ha agarrado la camisa de papá a cambio y se aferra con fuerza, sin tener la intención de ser arrastrado lejos de su primera comida. Pero la breve pausa le da un segundo a su papá para reaccionar, y no pierde tiempo; se voltea a medias, casi rompiendo su camisa, y comienza a golpear al zombie con ambas manos. Un puño cerrado entre sus ojos hace que suelte y retroceda, pero el otro paramédico ahora se ha unido a la diversión y va directamente hacia el papá de Dan, que retrocede, sujetándose el hombro, con una expresión de terror en su rostro.

Todo se lentifica con un latido, y Dan ve todo como desde muy lejos. Ve al paramédico número dos lanzarse contra su papá, que ya no tiene la fuerza para defenderse. Ve al zombie hundir sus dientes en su cuello, la sangre salpicando, papá gritando de dolor.

Y las cosas podrían haber transcurrido así —si no fuera por Lone, que en ese preciso momento, en un esfuerzo por levantarse, rueda torpemente hacia un lado. El paramédico no la ve, tropieza con sus piernas y cae de bruces. Dan escucha un par de crujidos agudos, y cuando el zombie al momento siguiente levanta el cuello para mirarlos, la mayoría de sus dientes retumban en el pavimento.

El paramédico número dos es un poco más capaz, ya que logra pasar junto a Lone, que todavía está luchando por levantarse, y ahora el paramédico está bloqueando a Dan y a su papá en la entrada.

El padre gruñe, llevándose una mano al hombro. Su camisa ha sido rasgada, pero Dan no ve sangre, al menos aún no. Tal vez, sólo tal vez, su papá tuvo la suerte de que los dientes del zombie no rompieran la piel. Pero con la cantidad de suerte que Dan ha tenido últimamente, no alberga muchas esperanzas. Y sangre o no, su papá obviamente está sufriendo.

—¡Manténganse alejados! —grita, pateando al paramédico. El zombie no parece hacer caso a la advertencia; de hecho, ve la pierna pateadora más como una invitación y la agarra con entusiasmo, fallándola por centímetros.

Dan y su papá retroceden más, acercándose. Pronto estarán atrapados en el garaje sin tener algún lugar adonde ir. Entonces vuelve a suceder: Dan reacciona antes de darse cuenta. Se desvía hacia un lado, lejos de su papá, y corre en un arco pasando junto al paramédico, dirigido hacia la calle. El zombie lo sigue.

—¡Dan! ¿Qué estás haciendo?

—¡Los atraeré lejos de la casa! ¡Entren!

—¡Vas a venir con nosotros!

—¡Los llevaré calle abajo, luego volveré! —Su papá está a punto de decir algo más, pero Dan lo interrumpe— Está bien, papá, ¡puedo correr más rápido que ellos! ¡Por favor, sólo vayan dentro de la casa!

Dan no espera una respuesta. Corre fuera del camino de entrada, pasando junto al paramédico sin dientes y a Lone, que ambos se han levantado. Cuando llega a la calle, Dan mira hacia atrás para asegurarse de que los zombies lo están siguiendo, su pie se engancha en una grieta del pavimento y se cae, logrando romper su caída en el último segundo, resultando en un gran hematoma en la palma de su mano.

Un grito fuerte desde la calle lo hace olvidar el dolor inmediatamente. Levanta la vista y ve al árabe de la casa de Finn y Lone atacando a una mujer en bicicleta. Voltea la cabeza y mira hacia atrás. El paramédico todavía está en persecución, pero Lone ha perdido interés y se dirige

cruzando la calle donde uno de los vecinos (John, un hombre gordo que no lleva camisa) ha salido a ver qué pasa.

Dan quiere gritar para advertirle, pero su voz parece no funcionar, y además, tiene sus propios problemas. El paramédico está a sólo unos metros ahora, ganando velocidad ansiosamente y extendiendo la mano para agarrar a Dan. Dan se apresura a ponerse de pie, cuando de repente escucha el rugido furioso de un motor. El auto se desvía justo frente a Dan, chocando contra el paramédico con un fuerte golpe, enviando el cuerpo volando a través de un arbusto. El auto se detiene a mitad de la acera. La puerta delantera se abre, y un chico joven con tatuajes hasta el brazo lo mira. —¿Te han mordido?

Dan sólo mira fija y tontamente la pregunta. Desde el maletero del auto, un gran pastor alemán ladra furiosamente.

—¿Te han mordido? —grita el conductor.

—N... no —logra decir Dan.

—¡Entonces sube!

Y realmente parece que no tiene opción. En ese momento, John grita cuando Lone lo ataca, y al otro lado del arbusto, el paramédico se ha levantado, tambaleándose inciertamente sobre un par de huesos del muslo obviamente destrozados, pero no obstante dirigido obstinadamente hacia Dan.

—¡Vamos, maldita sea! —grita el chico del auto— ¡Si no subes, me iré sin ti!

Dan se pone de pie y da unos pasos alrededor del auto. Echa un vistazo por la calle y ve al árabe levantándose de la mujer, que ya está muerta y ha perdido su atractivo, mientras el hombre se dirige hacia la entrada más cercana, atraído por el olor de carne fresca y viva.

Entonces Dan abre la puerta del auto y entra.

El chico ya ha puesto marcha atrás y ahora retrocede desde la acera. Se detiene en medio de la calle, bloqueando el tráfico inexistente.

—Abróchate el cinturón —dice entre dientes—. Parece que no recibió el mensaje la primera vez.

El perro en el maletero ha dejado de ladrar, pero ahora jadea y gime impacientemente, como si supiera lo que va a suceder.

Sin embargo, Dan es un poco más lento en entender. Sólo cuando ve al paramédico atravesar el arbusto, adivina el plan del conductor, y rápidamente agarra el cinturón de seguridad y lo abrocha.

El conductor pisa el acelerador justo cuando el zombie se tambalea hacia la calle. El sonido de la colisión es aún más fuerte desde dentro del auto, y esta vez el zombie es arrojado bajo las llantas. Dan siente los baches en el asiento, y le recuerdan a la niña que él y Linda atropellaron en el patio de la casa de la anciana.

—Lo siento por eso —dice el conductor mientras acelera por la calle—. Sé que fue desagradable, pero me gustaría eliminar a unos cuantos si es posible. ¿Sabes?, reducir la manada un poco.

—Está bien —murmura Dan, y, antes de que pueda pensar, agrega: —No es el primer zombie que atropello.

Le dice al chico enviándole una mirada. Luego sonrío.

DIESCISIETE

—Mi nombre es William y el perro se llama Ozzy.

—Soy Dan.

William señala con el pulgar por encima de su hombro. —No sé su nombre, pero probablemente nos lo diga cuando despierte.

Dan gira la cabeza para ver a la chica acostada en el asiento trasero, sorprendido de no haberla notado antes. —¿Está dormida? —pregunta.

—Inconsciente.

—¿Ella...?

—No te preocupes, está limpia —dice William, adivinando inmediatamente la pregunta.

—La recogí poco antes de encontrarte a ti —Hace una curva a la derecha, saliendo a la calle principal, donde el tráfico parece bastante normal para una tarde de lunes.

—Gracias por recogerme —murmura Dan— Pero me gustaría volver a casa ahora.

William lo mira brevemente. —¿Te refieres a volver de donde acabas de venir? ¿No notaste a los zombies atacando a todos?

—Sí, pero... necesito regresar. Mi mamá y mi papá—

—Estoy seguro de que tu mamá y tu papá estarán bien sin ti por ahora —dice William, sin reducir la velocidad—. Siempre y cuando no abran la puerta principal, por supuesto.

—Aún así me gustaría volver —dice Dan, moviéndose incómodo en el asiento.

—Escucha, Dan, estás mucho más seguro conmigo en este momento. Voy a...

—¡Llévame de vuelta! —Dan se sorprende casi gritando.

La chica en el asiento trasero gruñe, pero no se despierta.

William se detiene y detiene el auto. —Bien, entonces bájate.

—Yo... no puedo caminar a casa desde aquí —dice Dan, mirando nerviosamente afuera.

—No voy a volver —dice William—. Es demasiado peligroso. Esa calle está infestada de zombies en este momento. Por cada minuto que pasamos aquí en la ciudad, aumentamos el riesgo de ser devorados.

Dan mira indeciso desde William hasta la calle afuera. No hay zombies a la vista en este momento, pero eso podría cambiar en cualquier momento.

—Mi tío tiene un lugar seguro justo fuera de la ciudad —continúa William, su voz más suave ahora—. Hay un lugar disponible, si quieres venir. Personalmente, creo que es una oferta genial, pero por supuesto eres libre de bajar y caminar de regreso a casa.

El teléfono de Dan suena en su bolsillo. Lo saca y mira la pantalla. —Es... es mi papá.

—Antes de contestar, ¿puedes decirme si vienes o no? Porque estoy a punto de irme.

—¿Podrías esperar sólo un minuto? —suplica Dan— Sólo me aseguraré de que estén bien.

William mete la lengua en su mejilla y escanea la calle. —Un minuto —dice.

Dan contesta la llamada. —¿Papá?

—Dan, ¿dónde estás?

—Estoy en un auto. Un chico me recogió.

—¿Estás bien? ¿Estás herido?

—Estoy bien, papá. ¿Y tú?

El papá suspira aliviado. —Bien, eso es genial de escuchar. Nosotros también estamos bien. Finn se ha calmado ahora que no puede ver a Lone.

—¿Y tu hombro?

—No te preocupes por mí.

—Pero papá —dice Dan, bajando la voz—. ¿Te... te lastimaron...?

No puede formular la pregunta, pero puede notar por el silencio que su papá lo adivina.

—Duele un poco, pero no creo que la piel esté rota.

Dan siente un destello de esperanza. —Entonces, ¿no hay sangre?

—No, pero probablemente tendré un moretón.

—Creo que está bien. Mientras no estés sangrando.

Dan siente que William le envía una mirada aguda.

—Quizás —murmura su padre—. Supongo que tendré que esperar y ver, porque no iré a urgencias en un buen rato... la calle está plagada de ellos.

—Asegúrate de cerrar todas las ventanas —dice Dan, sintiendo una gota de sudor bajando por su espalda— No les des ninguna oportunidad de entrar.

—Ya revisé todas las ventanas. El papá se queda en silencio por un momento, luego dice:— Lo siento por no haberte creído, Dan.

—No te preocupes, papá. Lo entiendo —Pero aún siente un gran alivio, a pesar de las circunstancias. Se siente como si un gran peso se hubiera levantado de él; como si su papá no sólo estuviera reconociendo los zombies, sino también el hecho de que Dan no tuvo culpa en lo que le pasó a Jennie.

William aclara su garganta y señala su muñeca.

—Escucha, papá, no creo que pueda volver a casa ahora mismo, dice Dan.

—¿Quién te recogió? ¿Fue alguien que conoces?

—No —Dan se vuelve discretamente hacia William—. Él... él dice que conoce un lugar seguro fuera de la ciudad.

Un par de segundos pasan antes de que su papá responda preguntándole: —¿Te parece alguien en quien puedas confiar?

—Sí —responde Dan sin realmente considerar la pregunta.

—Entonces ve con él, Dan.

—Pero ustedes están...

—No te preocupes por nosotros. Es demasiado peligroso para que vuelvas ahora. Toda la calle se ha convertido en caos. Puedo verlo desde la ventana de la sala. Algunos de los vecinos han salido para intentar ayudar, y ellos... oh, Cristo... —El papá se queda en silencio por otro momento, y Dan cree que puede escuchar un grito distante—. No vengas a casa todavía, Dan —dice el papá, aún más firmemente.

—Tenemos que esperar hasta que sea seguro.

—Está bien”, murmura Dan.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta William.

Dan lo mira. —Voy contigo —dice.

William no pierde tiempo, e inmediatamente pisa el acelerador y se re-incorpora al tráfico.

—Necesito irme, Dan —dice el papá—. Tu abuela necesita ayuda con Finn, está inquieto de nuevo. Llámame una vez que llegues al lugar, ¿de acuerdo?

—Así lo haré.

—Bien. Hablamos pronto, hijo.

Dan cuelga y guarda el teléfono.

William gira a la izquierda en una intersección y acelera. —Tu viejo parece ser un hombre razonable.

—¿Pudiste escuchar lo que dijo? —pregunta Dan, sintiéndose un poco incómodo.

—Sí —responde William y le envía una breve sonrisa antes de mirar hacia la calle nuevamente —.

Esta parte de la ciudad parece estar bien. Al menos por ahora.

—Apenas acaba de comenzar —murmura Dan, casi para sí mismo.

William lo mira de nuevo. —No pareces haber tenido el mejor día.

—No lo tuve.

—¿Qué pasó? ¿Dijiste algo sobre atropellar a un zombie?

—Es una larga historia.

William le hace muecas. —Amigo, olvida esas líneas de película y cuéntame qué pasó. Tenemos mucho tiempo.

Dan respira un par de veces y luego comienza a hablar. —No era yo quien manejaba, pero estaba en el asiento del pasajero. Era una niña pequeña. Tuvimos que hacerlo. Ella estaba...

—Lo siento, cállate por un momento —interrumpe William, subiendo el volumen de la radio, es sólo ahora que Dan se da cuenta de que ha estado encendida a un volumen muy bajo todo el tiempo.

—... los informes más recientes de la policía local indican algún tipo de ataque terrorista, posiblemente involucrando armas biológicas. Nuestra información actual sitúa el número de heridos en treinta personas, pero muchas más están...

—Maldición —murmura William, bajando nuevamente el volumen de la radio—. ¿Armas biológicas? No tienen ni idea de lo que está pasando.

—Lo descubrirán lo suficientemente pronto —dice Dan en voz baja. Cuando siente que William lo mira, continúa:— Vi cómo comenzó. Intenté detenerlo.

William intenta mirar simultáneamente la carretera y a Dan, mientras Dan comienza a contar su historia. Lo expone lo más breve y concisamente posible. Cómo él, Jennie y Thomas llegaron a la casa de la anciana. Cómo descubrieron que ella había intentado resucitar a su nieta muerta, creando involuntariamente el primer zombie que luego la mató a ella y a su hijo. También cuenta la historia de cómo él y Linda escaparon de la casa, y cómo más tarde perseguiría a un policía zombie con una chica llamada Selina.

—Lo último que supe de ella, había matado a Jonas en el hospital —concluye—. Y pensé que esta vez realmente había terminado —Suspira profundamente, sacudiendo la cabeza—. Algo debe haber salido mal, porque la vi en un informe de noticias del hospital... como un zombie. También dijeron algo sobre un autobús fuera de la ciudad que fue atacado por una pareja de

ancianos. Apostaría a que fue la anciana, la que vivía en el bosque. Se infectó de su gato después de que pisó la sangre del oficial.

William guarda silencio por un rato después de que Dan deja de hablar. Casi han salido de la ciudad ahora, y el tráfico es escaso.

—Todo tiene sentido —dice William finalmente— Todo comenzó aquí. Justo aquí, en medio de Dinamarca joder, y ni siquiera en Copenhague, oh no, comenzó aquí en nuestro diminuto agujero de pueblo. ¡Justo aquí! —William apunta el volante con un dedo, como para enfatizar su punto—. ¿Cuáles son las putas probabilidades, hombre? De todos los lugares...

—Lo sé.

—Y sólo aquí —continúa William— ¿Verdad? ¿No es eso lo que me estás diciendo?

—Hasta donde yo sé.

—Sí, tiene que serlo. Comenzó con esa mierda de vudú. Santo cielo, siempre imaginé que sería algún tipo de proyecto militar ultrasecreto con soldados súper modificados genéticamente o, o tal vez una liberación radioactiva o algo así, ¿no lo creías así? Quiero decir, así siempre es en las películas.

—Yo... realmente no lo había pensado —murmura Dan.

—¿En serio nunca contempesté cómo sería el apocalipsis? —pregunta William, dándole una mirada crítica— ¡Vamos, todos lo hacen!

—¿Y tú? —pregunta Dan, cambiando convenientemente de tema— ¿Cuándo te enteraste?

—Estaba en el hospital justo antes de que todo se volviera loco.

—¿Lo estabas?

—Sí, hombre. Trabajo allí, o trabajaba, ahora que el mundo se está acabando. ¿Pensaste que estas eran mis ropas habituales?

Dan no lo había notado antes, pero William está usando lo que parece ser la camisa y los pantalones blancos que usualmente usan el personal del hospital.

—Creo que vi a esa chica que mencionaste —continúa William—. Selina.

Dan lo mira fijamente. —¿En serio?

William asiente y traga saliva, pero no dice nada más. Dan lo observa por un momento, sorprendido de ver a su conductor dudar por primera vez. William le da la impresión de ser una persona con mucha confianza; la piel bronceada, los tatuajes y el último corte de cabello.

—Creo que es tu turno de contar tu historia —dice Dan— justo cuando cruzan el límite de la ciudad, y continúan por la carretera abierta que se extiende lejos entre los campos abiertos.

DIESCIOCHO

Ella está flotando en algún lugar entre la vigilia y la inconsciencia. Imágenes desagradables siguen parpadeando. Mads sentado, con los ojos extraños. Krista gritando desesperadamente mientras Mads muerde su barbilla. El sonido de la piel rasgándose.

—¡Krista! —intenta gritar, pero la palabra no sale. Intenta pedir ayuda, pero eso tampoco funciona. Cuando se voltea para mirar por la calle, todos los autos desaparecen de repente. En su lugar, un ejército de muertos vivientes marcha hacia ella.

Mille grita y abre los ojos. El grito se queda atrapado en su garganta, produciendo sólo un gemido ronco. Mira a su alrededor desconcertada, parpadeando el sudor ardiente de sus ojos e intentando comprender lo que está viendo.

Está acostada en el asiento trasero de un auto, pero no es el mismo de antes. Krista no está aquí, ni tampoco Mads ni el árabe. En su lugar, puede escuchar voces desconocidas hablando juntas.

—... de alguna manera es mi culpa; supongo que debería haber llamado a la policía en lugar de simplemente escapar.

—Probablemente ni siquiera te habrían creído.

—No, y pensé que ya era demasiado tarde de todos modos. Sabes, que ya había comenzado en otros lugares también.

—Así fue. En ese momento, el autobús ya debió haber sido atacado.

—Sí, y sabes que escribí una advertencia en la puerta, pero supongo que alguien debe haberla abierto de todos modos...

Mille se sienta con un gemido tenso. Su cabeza da vueltas, y un dolor punzante late justo detrás de su frente. Algo olfatea la parte trasera de su cabeza, y se gira con un quejido de sorpresa para ver a un perro grande mirándola con curiosidad.

—Oh, ¡hey! Estás despierta.

Se gira de nuevo. Hay un chico en el asiento del pasajero y un tipo un poco mayor que ella está detrás del volante. Ambos la están mirando.

—¿Quiénes son ustedes? —murmura Mille, frotándose la frente.

—Yo soy William y este es Dan. Te recogí en la ciudad, ¿recuerdas?

Mille gime. —No lo sé ... recuerdo a Krista, ella ... oh, no ... ¿qué le pasó? ¿Qué le pasó a Krista?

El chico detrás del volante le envía una mirada de disculpa en el espejo. —Si te refieres a la chica que estaba contigo en el auto, lo siento, pero está muerta.

Mille baja la cabeza y siente ganas de llorar. No está segura de si se debe principalmente al dolor, al shock o a la confusión, ya que todos luchan dentro de ella. —Mi cabeza está ... ¿me desmayé?

—Sí.

—¿Y hacia dónde vamos? —Ella mira los campos deslizarse a su lado.

—Iremos a casa de mi tío, donde estaremos a salvo por ahora.

El cerebro de Mille se está aclarando lentamente, y su memoria comienza a arrojar fragmentos de lo que pensó que eran solo malos sueños. Sus compañeros de clase gritando dentro del autobús, Mads muriendo en el asiento trasero del auto, Krista intentando desesperadamente realizar RCP en él ... todo se convierte en un cóctel horrible, más y más rápido.

—¿Estás bien? —pregunta el chico en el asiento del pasajero, mirándola de cerca—. Te estás poniendo pálida.

—Creo... creo que voy a vomitar —carraspea Mille.

—Espera —dice William, pisando el freno—. Aguanta un segundo más.

Mille siente la náusea subir por su garganta, y la traga convulsivamente de vuelta. Tan pronto como el auto se detiene, abre la puerta, se desploma sobre el asfalto ardiente y vomita en la hierba seca del borde de la carretera. Han pasado unas pocas horas desde que comió, así que solo sube un puñado de avena. Escupe y se limpia la boca con la manga. Se endereza y mira a su alrededor. Excepto por algunas granjas a lo lejos, la zona está completamente desolada.

Cuando se vuelve hacia el auto, ambos chicos han salido y ahora la miran con algo que Mille al principio interpreta como preocupación.

—Estoy bien, les aseguro. —Me siento mejor ahora.

Va a volver a subir, pero William se interpone cuidadosamente frente a ella. —Espera dice—. ¿Estás, eh... estás segura de que te sientes mejor?

—Seguro —dice Mille— Quiero decir, es el peor día de mi vida, pero aparte de eso, estoy bien. No vomitaré en tu auto, lo prometo.

—Eso no es lo que me preocupa —dice, sacando un paquete de cigarrillos de su bolsillo. Mille nota que está vestido con lo que parece ser un uniforme de personal de hospital. —¿Tienes alguna herida?

Mille mira hacia abajo y niega con la cabeza. —No.

—¿Ningún rasguño pequeño o algo así?

—¡No, ya lo he dicho!" —Está empezando a sentirse molesta, sobre todo porque tiene miedo. Miedo porque una parte de ella ya sabe a qué se refiere. —"Creo que me daría cuenta si me hubieran mordido".

—No necesitas ser mordida —dice Dan con voz grave, dando un paso adelante. No puede tener más de catorce años, aunque su rostro parece tener veinticinco. Obviamente está cansado, desaliñado y asustado, todo a la vez—. Ni siquiera necesitas haber estado en contacto directo con uno de ellos. Si te cortas con algo que tenga su sangre... lo he visto suceder.

Mille respira profundamente, haciendo un esfuerzo por controlar sus emociones, aunque todo está ardiendo dentro de ella. Vuelve a mirar hacia abajo. Su ropa está un poco desordenada, probablemente por cuando se desplomó en medio de la carretera, pero no puede ver sangre alguna. Encoge los hombros. —Mira, no sé qué quieres de mí. ¿Quieres que me desnude para que me revises?

—Pensé que preferirías hacerlo tú misma —dice William, sin la más mínima sonrisa—. Nosotros miraremos a otro lado.

Mille lo mira boquiabierta. —No puedes estar hablando en serio. ¿Sabes por lo que he pasado hoy? He... casi... casi... —Su cuerpo tiembla tan violentamente que su garganta se cierra. La rabia y el dolor la están asfixiando y parpadea furiosamente para contener las lágrimas mientras fulmina a William con la mirada. —¿Quién demonios... te crees... que eres?

Él no responde.

Ella da un paso hacia el auto, esperando que la agarren y la detengan, pero simplemente se apartan y la dejan pasar. Mille va a abrir la puerta del auto, pero la cerradura hace click.

Se gira y mira a William, que tiene la llave en la mano. Enciende su cigarrillo de una manera exasperantemente despreocupada, como si fuera Bruce Willis en alguna película de acción estúpida.

—¡Llévame a casa! —exige Mille—. ¡Llévame de vuelta a la ciudad!

—Creo que te arrepentirás si lo hago —dice calmadamente mientras exhala humo—.

Pero si realmente lo deseas, te llevaré de vuelta. Simplemente no puedo dejarte entrar en mi auto antes de que te revises. En realidad no es nada personal, pero te vi dentro del auto con un zombie, y no tengo forma de saber qué te sucedió.

Mille toma aire para gritarle a William, cuando de repente Dan da un paso adelante y la sujeta del brazo.

—Lo he visto suceder dos veces antes —dice, mirándole a los ojos fijamente—. Mi amigo murió porque pisó un trozo de vidrio roto, y una anciana fue arañada por un gato que había pisado sangre infectada. Lo siento, pero no puedo arriesgarme a que suceda de nuevo.

Mille se sorprende por la cantidad de dolor que ve en sus grandes ojos azules, y de repente siente como si estuviera implosionando. La rabia se escapa en un largo y tembloroso aliento. Encoge los hombros. —Mira, realmente no creo tener ningún rasguño. Sinceramente. No siento dolor en ningún lugar.

—Simplemente necesitamos estar completamente seguros —dice William, escupiendo.

Mille se revisa en busca de cualquier herida. No se desnuda, pero se remanga y levanta su camisa y pantalones cortos. Los chicos la miran en silencio.

—Listo —dice— Ya está.

William mira hacia abajo. —¿Y debajo de tus pies?

Mille se quita las sandalias y revisa las plantas de sus pies. —Nada.

—¿Puedo revisar la parte de atrás de tu cuello, por favor? —pregunta Dan cuidadosamente, y Mille aparta su cabello, dejándolo revisar su piel—. Se ve bien —dice.

—¡Felicidades!— dice William, sonriéndole de una manera que Mille encuentra irritantemente molesta y a la vez encantadora, mientras deja caer el cigarrillo en el asfalto y lo pisa. —Has pasado la primera ronda.

DIESCINUEVE

—Esta es —anuncia William al ver la casa de Holger aparecer a lo lejos.

La casa está situada en la cima de una pequeña colina a un par de cientos de yardas de la carretera, lo que la hace visible desde lejos es un solo molino de viento justo al lado de ella, girando perezosamente en el aire caliente del verano. William reduce la velocidad del auto y gira hacia el camino de grava que sigue en forma de serpiente hasta la casa.

—¿Tu tío sabe que venimos? —pregunta Dan.

—Claro, hablé con él por teléfono antes —dice William, lanzando una mirada al espejo retrovisor—. Hablando de eso, ¿no tienes a nadie a quien llamar? ¿Tus padres, quizás?

Para su sorpresa, Mille simplemente niega con la cabeza, ni siquiera mirándolo.

—¿De verdad? ¿No hay nadie que necesite saber dónde estás? ¿O tal vez alguien a quien te gustaría advertir sobre lo que va a pasar?

—No —dice Mille, mirando todavía por la ventana—. Todos mis amigos murieron en ese autobús.

William todavía puede imaginar la escena, aunque Mille sólo la describió brevemente y con muy poco detalle. Obviamente está traumatizada, y no es de extrañar.

—Entonces, ¿qué hay de tu fami...

—No tengo familia —lo interrumpe ella— con un repentino fervor en su voz.

—Está bien —dice William, enviando a Dan una mirada.

Dan devuelve la mirada y niega discretamente con la cabeza, como diciendo: —Deja de escarbar.

William cambia de tema. —Bien, hay algunas cosas que necesitas saber sobre mi tío. Ha estado lidiando con algunos problemas mentales, pero ahora está tomando medicamentos, así que es perfectamente funcional. Puede parecer un poco sospechoso, pero no lo tomes personal, es así

con las personas que no conoce. Y no le gusta que lo toquen, así que no le des la mano ni nada por el estilo —Mira a Mille en el espejo; ella lo está mirando con una expresión de escepticismo creciente—. Ahora, es su hogar, así que si no quiere que estés allí por alguna razón, tendré que llevarte de vuelta a la ciudad. Pero no creo que sea un problema.

—¿Realmente este es el mejor lugar para estar? —pregunta Mille— ¿En la casa de una persona mentalmente enferma, lejos de cualquier otra persona?

—Espera hasta que veas el lugar —dice William—. Creo que lo entenderás cuando lo veas.

Llegan al patio, y William detiene el auto. Vista desde afuera, la casa de Holger parece como cualquier otra casa que esperarías encontrar aquí; hay un garaje y una sala de calderas al aire libre al lado del edificio residencial.

Holger aparece caminando alrededor del garaje, mirando el auto con sospecha. Han pasado algunos años desde que William vio a su tío. Holger ha ganado un par de kilos y su línea del cabello ha retrocedido un poco más, aparte de eso, se ve como William lo recuerda, vestido con pantalones cargo demasiado calurosos y una camisa gastada con las mangas arremangadas. Su rostro redondo está brillando de sudor, y sus manos están negras de suciedad y aceite.

—¿Es él? —pregunta Dan.

—Ese es él —dice William, agregando rápidamente mientras Dan desabrocha el cinturón:— Creo que es mejor que hable primero con él.

Ozzy gime desde el maletero, impaciente por ir a saludar a Holger, a quien aparentemente reconoce aunque sólo lo haya visto una vez.

William abre la puerta y sale al cálido aire de la tarde. —Hola, Holger. Hace mucho que no nos vemos.

Holger se detiene a pocos metros del auto, y William nota una pequeña pala en su mano. —Hola, William —dice con una sonrisa contenida. Los ojos diminutos parecen aún más entrecerrados debido a la pesada frente de Holger, pero también están alerta, y en este momento están moviéndose de un lado a otro entre William y el auto— ¿Quién es esa que has traído?

—Son sólo un par de amigos. Creo que les prometí un lugar aquí en tu casa.

La mirada de Holger deja de ir y venir y se fija en William. —¿Es por lo que están diciendo en la radio?

William asiente.

Holger respira profundamente por la nariz y exhala pesadamente. Parece de alguna manera tanto asustado como aliviado al mismo tiempo, y William entiende por qué. Holger ha estado viviendo durante veinte años con paranoia, los últimos diez ha estado un poco mejor debido a la

medicación, y sin embargo, William sabe que su tío nunca realmente dejó de lado su sospecha constante de que el mundo llegaría a su fin algún día, y esa creencia lo ha hecho aislado y excluido. Incluso la mamá de William, la propia hermana de Holger, ha tenido dificultades para lidiar con su hermano, y William aún sospecha que fue parte de la razón por la que se mudó a Holanda después de que él dejó el hogar.

William es probablemente el miembro de la familia más cercano que Holger tiene, simplemente porque William es el único que nunca lo juzgó por sus pensamientos paranoicos, y hoy se siente particularmente agradecido de que así sea.

—¿Qué tan malo es? —pregunta Holger, con voz grave.

—Bastante malo. Creo que podría ser el fin de la sociedad tal como la conocemos, pero... tal vez las autoridades aún puedan detenerlo.

—Las autoridades —se burla Holger, mostrando sus diminutos dientes en una sonrisa sin humor—. Probablemente son los que lo iniciaron.

—No —dice William, y cuando Holger parece sorprendido, agrega:— Obtendrás la historia más tarde.

Holger lo mira. —Entonces, ¿son... zombies?

—Sí.

—¿Se están comportando como en las películas?

—Hasta donde puedo decir.

Holger asiente lentamente. —Pensé que sonaba como zombies por lo que dicen en la radio. Por supuesto que no usaron esa palabra. Y realmente no estaba prestando atención, porque he estado ocupado cosechando vegetales —Levanta la pala, como si quisiera probar lo que está diciendo—. Me puse a trabajar justo después de que me llamaste. Es una época del año afortunada, ¿sabes?, porque habrá mucho que comer en los próximos meses. Podemos almacenar las papas y las cebollas durante semanas, y de esa manera obtendremos vitaminas frescas todos los días. Mientras sólo...

—Holger —dice William, levantando una mano—. Todo eso es genial, de verdad lo es. Pero esperemos a ver, ¿de acuerdo? Tal vez no necesite llegar tan lejos. Por ahora, sólo tendremos que tomar un día a la vez. ¿Eso suena bien?

Holger lo estudia por un momento, como si acabara de decir algo bastante loco. Luego, asiente. —Está bien. Pero ya lo prepararé todo.

—Genial. Estoy muy feliz de que estés dispuesto a ayudar —Hace un gesto hacia el auto—. Entonces, ¿está bien para ti si Dan y Mille también se quedan? —Agrega rápidamente:—

Podrían volver a casa pronto, dependiendo de cómo se desarrollen las cosas.

Holger mira hacia el auto, luego de regreso a William. —¿Son de confianza? —pregunta, bajando la voz.

—Para ser honesto, no los conozco muy bien. Pero ambos han estado en contacto con los zombies, así que podrían haber...

—¿Han estado en contacto con ellos? —exclama Holger, retrocediendo.

—¡Tranquilo, Holger! —dice William, dándose cuenta de su error—. Los he revisado en busca de heridas o rasguños. Los tres. Estamos todos limpios, te lo prometo.

Holger parece considerar seriamente la posibilidad de darse media vuelta y salir corriendo del patio, pero se fuerza a quedarse. —Si los dejamos entrar y uno de ellos se enferma...

—Entonces los echaremos —dice William inmediatamente—. Todos estamos de acuerdo con eso. Y lo mismo vale para mí, por supuesto —Holger levanta las cejas, y William continúa:— —No toqué ningún zombie, sólo lo digo.

Holger toma algunas respiraciones profundas, se rasca el cuello y mira el auto. Dos mariposas blancas giran por el patio en un baile despreocupado, y William recuerda lo surrealista que es la situación. Podría parecer un día de verano ordinario, pero nada podría volver a ser ordinario.

—Está bien —murmura finalmente Holger—. Pueden quedarse por ahora.

—Gracias, Holger —sonríe William.

—¿Vamos adentro? —sugiere Holger, asintiendo hacia la casa. —Podría beber algo.

VEINTE

Entran en lo que parece, a primera vista, una casa bastante normal. Pero Dan ya nota los signos sutiles en el pasillo. La puerta principal, por ejemplo, está reforzada en el interior con una pesada rejilla de hierro y tiene tres grandes cerrojos deslizantes. Levanta la vista y ve una cámara en el techo, mirándolos desde arriba.

Holger se quita los zapatos en la esquina antes de ir a la cocina. —Ustedes esperen en la sala —les dice.

Dan y Mille miran a William, y él les hace un gesto discreto para que entren a la habitación contigua. Ozzy sigue cerca de William mientras olfatea el aire con curiosidad.

La sala de estar es bastante grande, pero parece más pequeña debido a todas las cosas que ocupan cada superficie disponible. Estanterías, sillas, alféizares de ventanas, el sofá, incluso el suelo está abarrotado con todo tipo de cosas, sin mencionar la mesa de comedor en el centro de la habitación, que está cubierta de pilas de libros y cajas de cartón que llegan casi hasta el techo. Holger ha recopilado todo tipo de cosas, herramientas, accesorios, dispositivos electrónicos y objetos que Dan ni siquiera puede identificar. También hay bastantes platos y tazas dispersos, y las moscas zumban en el aire. Huele como si hace semanas que no se abre una ventana. Holger obviamente es soltero.

Pero no hay signos evidentes de que la casa de Holger debería ser la fortificación a prueba de zombies que William insinuó. La única forma de protección que Dan puede ver son las rejas metálicas en las ventanas, que le hacen sentir como si estuviera en prisión. Ah, y más cámaras en el techo.

Comienza a considerar seriamente si cometió un error al ir con William. Tal vez debería haber aprovechado la oportunidad cuando William se ofreció a dejarlo.

—Perdón por el desorden —llama Holger desde la cocina—. Traten de encontrar un lugar para sentarse. Sólo no rompan nada.

William mueve un par de sillas y ofrece una a Mille. Dan aparta una torre de libros del reposabrazos del sofá y se sienta.

Holger trae una jarra grande de limonada roja y toma un vaso de un armario que llena y bebe de un trago. Eructa y se sirve otro vaso antes de sentarse en la esquina de la mesa de centro.

—Saben, siempre supe que este día llegaría —murmura en el vaso antes de tomar otro trago grande; la vista de la limonada de repente le recuerda a Dan cuánta sed tiene, pero Holger no parece tener la intención de ofrecer algo de beber a sus invitados—. Sólo era cuestión de tiempo.

—Sí, tenías razón todo el tiempo —dice William, levantándose. Toma tres vasos del armario y se los entrega a Dan y Mille, antes de tomar la jarra de Holger, quien apenas parece notarlo.

—Ahora supongo que desearían haber escuchado, dice Holger, mirando al suelo.

William les sirve limonada a los tres, y Dan inmediatamente bebe el líquido dulce y sintético. Luego se lame los labios y mira con anhelo la jarra, que William devuelve a Holger, quien se sirve una tercera ronda.

—Salud —dice William, levantando su vaso, mirándolos a todos con una pálida sonrisa—. Por el fin del mundo.

—Salud —murmura Holger, como si no estuviera realmente escuchando.

Dan mira a Mille, quien ha encontrado su teléfono y está revisando algo en él. Ella sorbe su vaso pero no parece gustarle el sabor. Ozzy se desliza por el entorno olfateando.

—Bueno —dice William, yendo hacia la ventana. No es fácil obtener una vista clara, porque la cortina cuelga hacia un lado, y el otro está bloqueado por más libros—. Esto es como el comienzo de una película de desastres. Cuatro personas y un perro unidos en una lucha por la supervivencia. Ahora todo lo que necesitamos son los zombies.

Dan puede notar que William está tratando de hacer una broma al respecto, pero él realmente no tiene ganas de reír.

—Permiso —dice Mille. William se voltea hacia ella, y Dan puede ver cómo Mille se esfuerza por hablar con calma—. Estoy contenta de que me hayas ayudado. Creo que me salvaste la vida.

—Yo también lo creo —dice William, sin vergüenza ni orgullo en su voz.

—Pero —continúa Mille— realmente no veo cómo estamos más seguros aquí afuera que en nuestras propias casas. ¿Es sólo porque estamos fuera de la ciudad o qué? Porque si el mundo entero va a terminar, como dices, entonces los zombies probablemente también vendrán aquí en algún momento. Y si tuviera que elegir, creo que preferiría estar en algún lugar que conozco.

—No es sólo porque estamos fuera de la ciudad —dice William, buscando sus cigarrillos—. ¿Está bien si fumo aquí, Holger?

—No, por favor. Es poco saludable.

—Lo sé —suspira William, guardando el paquete en su bolsillo— Pero, ¿por qué dejarlo ahora?

—Entonces, ¿cómo estamos más protegidos aquí afuera? —exclama Mille, extendiendo los brazos— Hasta donde puedo decir, esta es sólo una casa normal con ventanas enrejadas —Ella mira a Holger—. Sin ofender. Es amable de tu parte... dejarnos quedarnos aquí —Esas últimas palabras suenan como si no quisieran salir.

Holger evita su mirada y no dice nada.

William vacía su vaso, se limpia la boca y se levanta. —¿Qué tal si les mostramos el lugar, Holger?

Holger los mira a todos con incertidumbre, luego asiente y se pone de pie. —Sígueme. Tomaremos la entrada en el dormitorio.

—¿La entrada? —repite Mille, pero como ni William ni Holger responden, ella mira a Dan. Dan simplemente encoge los hombros, se levanta y los sigue hacia la próxima habitación.

El dormitorio de Holger está ligeramente iluminado y huele aún peor que la sala de estar. Sus sábanas claramente necesitan ser cambiadas, y las persianas oscuras mantienen alejada la mayor parte de la luz del día. Dan nota que la cama está colocada en un ángulo extraño, y se da cuenta de por qué cuando Holger se arrodilla y aparta una alfombra vieja y desgastada, revelando una trampilla en el suelo de madera. La abre y baja para sacar una linterna.

—Sígueme —dice, colocando la linterna en su cinturón. Luego, desciende por una escalera fijada en el interior del agujero en el suelo.

—Ozzy, quédate —dice William, siguiendo a su tío. El pastor alemán se sienta y observa cómo su dueño desaparece de su vista.

Dan mira a Mille, quien está mirando el agujero con una mirada muy escéptica.

—¿Es como un sótano oculto o qué? —susurra.

—No tengo ni idea —admite Dan—. ¿Quieres ir primero?

Mille retrocede y le hace un gesto para que avance.

Dan respira profundamente antes de sentarse y bajar por los escalones oxidados. El descenso es más largo de lo que anticipó, tal vez son tres metros y medio antes de que finalmente pueda sentir terreno sólido bajo sus pies. Se voltea y es cegado por la linterna.

—¿Dónde está la chica? pregunta la voz de Holger.

Dan está demasiado aturdido para responder de inmediato. Observa a su alrededor para ver no un sótano, sino un largo y estrecho pasillo que se extiende hasta donde alcanza la luz. El suelo es de tierra, pero las paredes están hechas de tablones y tablas de madera. El techo es lo suficientemente alto como para que Holger y Dan estén de pie, pero William tiene que inclinar ligeramente el cuello.

—Mierda —susurra Dan.

William le envía una de sus sonrisas torcidas. —Espera a ver lo que hay al final —Mira hacia arriba a través del agujero—. ¿Vienes, Mille?

Sin respuesta, pero después de un rato corto los escalones crujen, y Mille baja con mucho cuidado. Ella mira a su alrededor, aparentemente tan sorprendida como Dan. —¿Qué es este lugar? —pregunta, acariciándose el brazo.

—Esa es una buena pregunta —dice William, mirando a su tío—. ¿Cómo lo llamas, Holger?

Holger niega con la cabeza. —No lo llamo de ninguna manera.

—Bueno, vamos a nombrarlo... ¡Fortaleza Holger!

Holger muestra sus dientes de bebé en una sonrisa silenciosa. Luego, se voltea y avanza por el pasillo, llevándose la linterna y haciendo que los demás lo sigan rápidamente para no quedarse en la oscuridad.

El pasillo continúa durante casi 100 metros sin giros ni bifurcaciones. Finalmente llegan a una puerta sin cerradura visible, sólo un pequeño panel de botones numerados. Holger echa un vistazo brevemente por encima del hombro antes de escribir el código. La cerradura emite un pitido y la puerta se puede abrir.

Holger pasa por ella, y una luz se enciende automáticamente al otro lado.

—Tú primero —dice William sonriendo a Dan y apartándose—. Lo he visto antes. Cuidado con el escalón.

Dan se abre paso a través de él, da un paso hacia abajo en un suelo de vinilo y ve una habitación sorprendentemente grande. Se detiene en la puerta y observa lo que más se parece a un apartamento bastante normal. Si no fuera por la falta de ventanas, y las grandes y pesadas vigas de madera que sostienen el techo, Dan nunca habría adivinado que todavía estaban bajo tierra.

Hay un área de cocina con una estufa y dos grandes refrigeradores, un comedor con una mesa lo suficientemente grande para cuatro personas, un viejo sofá con un televisor de pantalla plana y una estantería llena de libros, y una oficina con tres computadoras portátiles. Los estantes en la cocina están llenos de latas, frascos y algo que parece hierbas y frutas secas.

Pero aquí es donde terminan las similitudes con un hogar normal. Junto a la mesa del comedor hay lo que parece ser un mini hospital, completo con una gama completa de instrumentos quirúrgicos, frascos de pastillas e incluso una mesa de operaciones pegada a la pared. En el extremo opuesto de la habitación hay dos armarios de metal grandes con candados pesados, claramente marcados con las palabras: ARMAS DE FUEGO, CUCHILLOS Y MACHETES, EXPLOSIVOS.

Holger ha ido al área de la oficina y ha activado una de las computadoras portátiles. La pantalla muestra ocho transmisiones en vivo desde diferentes lugares de la propiedad, tanto dentro como fuera, y el propósito de todas las cámaras de repente se vuelve claro para Dan.

—Esto es una locura —murmura mientras Mille pasa junto a él, mirando alrededor con un silencio que aturde.

El hecho de que Holger haya construido una habitación grande subterránea es suficientemente impresionante. Debe haberle llevado años, sin mencionar el conocimiento estructural y las habilidades que se necesitan, pero que también lo convirtiera en un lugar de supervivencia aparentemente perfecto con todo lo que necesitarías para sobrevivir a una guerra nuclear menor...

—Todavía no has visto todo —dice William, poniendo una mano en su hombro, señalando una puerta que Dan no notó hasta ahora—. Vamos, te mostraré las otras habitaciones...

VEINTIUNO

Finn sigue mirando fijamente el plato frente a él. La lasaña se ha enfriado pero aún huele bien. Simplemente no tiene apetito. Eso es quedarse corto, en realidad; el apetito ya no es un sentimiento que Finn entienda. La comida es un concepto desconocido para él.

Lo único que sigue presente en él, es el pensamiento de Lone. Que ella está caminando por ahí afuera en este momento con todas las otras almas perdidas. Tanta gente muerta de golpe; es incomprensible. Y sin embargo, a Finn realmente no le importa el resto de ellos. No tiene parientes, ni hijos ni hermanos, ¿por qué debería importarle el destino de otras personas? Todo lo que le importa, todo lo que realmente le ha importado, es Lone. Y Lone está muerta.

—Intenta comer algo, Finn.

La voz hace que levante la cabeza y parpadee adormilado. Henrik lo está mirando con una expresión de cálida preocupación.

—Te sentirás mejor si comes —dice el vecino, señalando el plato.

Finn deja que sus ojos vaguen alrededor de la mesa. En realidad ha olvidado dónde está y quién más está presente. Está Trine, por supuesto, la esposa de Henrik. Y la madre de Trine (Finn no puede recordar su nombre, ni siquiera está seguro de que se lo haya dicho). La madre de Trine, que tiene aproximadamente la misma edad que Finn, está comiendo su lasaña ordenadamente usando tanto el cuchillo como el tenedor, mientras intenta parecer como si todo fuera normal. Aun así, no puede evitar echar una mirada hacia las ventanas cada vez que hay un chirrido de uñas raspando el exterior del vidrio. Las ventanas están cuidadosamente bloqueadas con toallas y mantas, con la esperanza de que los que están afuera dejen de intentar entrar una vez que no puedan verlos más.

Pero no paran. Aparentemente, no necesitan verlos para saber que están allí. Probablemente pueden olerlos. Como los tiburones, que pueden detectar el olor de una sola gota de sangre a

varios kilómetros de distancia. Finn vio eso una vez en un documental.

También hay otra razón por la que Henrik y su suegra se esforzaron mucho en sellar todas las ventanas de la casa. No lo dijeron, pero Finn sabe que es porque no quieren que él vea —

—¿Finn?

La voz de Henrik lo saca una vez más.

—¿Cómo te sientes? ¿Las pastillas han comenzado a hacer efecto?

—¿Las pastillas? —Finn repite.

—Te di un par de sedantes de Trine, ¿recuerdas?

—Oh, cierto —murmura Finn—. Sí, creo que están haciendo su trabajo.

—Eso es bueno. Aun así, creo que deberías comer algo.

Finn levanta el tenedor y lo mira, como si fuera algún tipo de equipo avanzado que nunca había operado antes. Toma un poco de lasaña y lo lleva a su boca, lo mastica, lo traga.

Henrik sonríe. Luego sigue comiendo.

Hace calor y está sofocante en la sala de estar, ya que no pueden ventilar y porque el sol de la tarde todavía está calentando afuera. Debería estar sentado en la terraza en este momento, con una cerveza fría en la mano y Lone a su lado mientras ella hace sus crucigramas.

Finn se fuerza a tomar otro bocado y mira a Trine. Es la única presente que parece sentir lo mismo que Finn siente. Sus ojos están rojos y distantes, su lasaña está intacta. Ella la pincha con el tenedor de vez en cuando, sólo para volverla a dejar.

—Tú también, cariño —dice Henrik—. Intenta...

—Métete en tus asuntos —Trine escupe, sin mirarlo.

Henrik suspira. —Sé que es una situación terrible, pero ... estoy seguro de que Dan está bien, y volverá a casa.

Trine sacude lentamente la cabeza. —No lo está. Tú mismo le dijiste que se quedara alejado.

—Sólo porque no es seguro por aquí en este momento. Puedes oírlos afuera, ¿no es así? — Henrik hace un gesto hacia la ventana— ¿Realmente querías que Dan viniera a casa mientras todavía están allí afuera?

Trine suelta un largo y tembloroso suspiro, y Finn puede ver cómo sus ojos se humedecen. — He perdido a mi hija —susurra—, y ahora has enviado a mi hijo a morir...

—Cariño, por favor —dice Henrik, alcanzando su mano.

Ella aparta la mano y desaprueba —No me toques.

Henrik mira a su suegra. —Kirsten, ¿podrías ...?

Kirsten asiente, deja sus cubiertos y limpia su boca con la servilleta. —Escúchame —dice, volviéndose hacia su hija—. Henrik hizo lo correcto. Estoy segura de que Dan está a salvo.

¿Cómo lo sabrías? —pregunta Trine mientras comienza a pinchar la lasaña con el tenedor—. No conoces a las personas con las que está.

—Tan pronto como la policía tenga esto bajo control, iremos a buscar a Dan, continúa Kirsten.

—No podemos —dice Trine, elevando la voz— ¡Porque no sabemos dónde está! Y no contesta su teléfono... ¿crees que eso es una buena señal, ¿eh, mamá? ¿O crees que podría estar muerto en algún lugar, como Jennie, como mi niña... mi niña... mi niñita... oh Dios... —Trine estalla en lágrimas, y Henrik y Kirsten se levantan al escuchar su llanto.

—Permíteme llevarla —dice Kirsten, mirando a Finn—. Tal vez él podría usar algo de sueño.

Henrik asiente y se dirige a Finn, mientras Kirsten ayuda a su hija al sofá.

—¿Te gustaría dormir una siesta, Finn? —pregunta Henrik.

Finn acepta sin pensar realmente. Henrik lo ayuda a levantarse. Abandonan la sala de estar y el sonido de los sollozos de Trine, y van por el pasillo a una habitación ligeramente más fresca, aunque la ventana aquí también está bloqueada por una manta.

—¿Es esta... es esta la habitación de Jennie? —pregunta Finn distraído, mirando los pósters de cantantes.

—Lo era —murmura Henrik—. Hasta ayer.

—¿Hasta ayer? —repite Finn, sin entender.

—Jennie está muerta, Finn.

—Oh, claro.

—Vamos, acuéstate.

Finn se acuesta en la cama cuidadosamente hecha, poniendo sus manos sobre su estómago. Mira hacia el techo, donde Jennie había hecho un collage de fotos de ella y sus amigos divirtiéndose.

Henrik mira las fotos y traga audiblemente —Trata de descansar —dice—. Sólo llámame si necesitas algo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Gracias, Henrik.

Henrik sale de la habitación, cerrando la puerta casi por completo.

Finn simplemente se queda allí por un tiempo, estudiando las fotos sin realmente verlas. Sus párpados se están volviendo pesados cuando alguien de repente raspa en la ventana.

Finn se sienta y mira la manta. Puede distinguir una figura baja al otro lado, manos palpando el cristal y la persona emitiendo un gemido bajo, casi doloroso.

«¿Podría ser ella?»

La respiración de Finn automáticamente se acelera un poco. La silueta bien podría ser Lone, pero ¿qué probabilidades habría? Henrik dijo antes que ya debe haber cientos de ellos afuera, así que podría ser cualquier persona fuera de la ventana. Tal vez otro residente de la calle. Tal vez un completo desconocido.

Tal vez... Lone.

Finn se levanta y se acerca cuidadosamente. Los gemidos desafinados de la figura crecen ligeramente más fuertes, las manos comienzan a tambalearse con más ansias, como si la persona sintiera que se acerca.

La manta está sujeta completamente alrededor con tachuelas. Finn saca una de ellas y mueve suavemente la manta un poco hacia un lado, permitiéndole echar un vistazo afuera.

Una fuerte sensación de caída en su vientre inferior casi lo hace tambalearse.

El rostro de Lone lo está mirando a través del cristal. Su boca está abierta y hay sangre seca en su barbilla y por su garganta. Sus lentes han desaparecido, y su cabello está desordenado y lleno de bultos con más sangre seca. Los ojos no son los ojos grises y amorosos que recuerda, sino opacos y blancos, vacíos y sin rastro de humanidad.

¿O sí lo son? ¿Están realmente completamente vacíos sus ojos?

Cuanto más Finn mira el rostro de Lone, más empieza a percibir un vestigio de su antiguo yo. Ella, por otro lado, parece no reconocerlo, ya que sigue pasando sus manos sobre el cristal y gruñendo hacia él.

Pero tal vez... ¿tal vez esa es su forma de comunicarse? ¿Tal vez ya no puede hablar o moverse normalmente, pero quién dice que no sigue estando ahí dentro? Después de todo, ¿cómo más podría haberlo encontrado, si no fuera (al menos en parte) ella misma aún? ¡Tal vez incluso podría ser curada!

No debería estar afuera con todos los demás.

El pensamiento despierta un nuevo sentimiento en Finn: miedo. Si simplemente deja a Lone sola, ¿quién sabe qué podría pasarle? Podría ser atropellada por un coche o disparada por la policía. No puede arriesgarse a eso. No puede arriesgarse a perderla para siempre.

Así que, Finn comienza a sacar más tachuelas. La manta cae al suelo, exponiendo completamente la vista y dejando que la luz de la tarde entre en la habitación. Finn no se da cuenta, sin embargo; solo mira fijamente a su esposa, quien para entonces ha engrasado la mayor parte de la ventana con sus manos.

—Lone —susurra, colocando una mano sobre el cristal.

Ella intenta ansiosamente besar su palma, lo que hace que a Finn se le llenen los ojos de lágrimas.

—Sabía que aún estabas ahí dentro en algún lugar —dice, con la voz entrecortada. Su mano va hacia el cerrojo. Una pequeña voz en lo más profundo de su cabeza le grita, diciéndole que está cometiendo un gran error, que Lone no puede ser salvada, que es peligrosa y quiere lastimarlo.

Pero Finn no puede creer en esa voz. Sólo puede creer en lo que ve, y sabe que los ojos de Lone parecen incluso más humanos que hace un momento, como si el simple hecho de verlo la hubiera curado un poco. Si la deja entrar en la habitación, probablemente volverá a ser completamente ella misma.

—Te ayudaré, querida —susurra roncamente, mientras las lágrimas caen por sus mejillas—. No puedo vivir sin ti, sabes eso.

Su mano desbloquea el cerrojo.

«¡No!» grita la voz.

—Sí —dice Finn, sonriendo mientras abre la ventana.

VEINTIDÓS

Mille recoge sus piernas y envuelve sus brazos alrededor de sus rodillas. Está sentada en la ventana mirando hacia el jardín trasero de Holger, donde los últimos rayos de sol tiñen de naranja el césped.

Son casi las once de la noche, y aunque este ha sido de lejos el día más largo de su vida, apenas se siente cansada. Su cuerpo está exhausto, por supuesto, pero sus ojos no tienen ganas de cerrarse.

Todavía puede saborear el curry del estofado que Holger sirvió. Para su sorpresa, su plato estaba limpio en poco tiempo. Después de todo, no había comido nada desde el desayuno de esa mañana.

Su cerebro aún lucha por mantenerse al día. Siente como si realmente no pudiera actualizar su software, como si no quisiera procesar cómo todo ha cambiado. Debería estar en Praga en este momento, ella y Krista deberían estar acostadas juntas en una habitación de hotel con otras dos chicas de la clase. Deberían estar quejándose del largo y cálido viaje en autobús y hablando sobre qué lugares iban a ver mañana por la mañana.

En cambio, Krista está muerta, al igual que Mads y el resto de la clase. Lo mismo probablemente sucede con la mayoría de las personas que ella conoce. Y ella misma está sentada aquí, en la casa de un chico con otros dos desconocidos y un pastor alemán, simplemente esperando que el mundo se acabe.

Echa un vistazo a los demás. Dan está acurrucado en una esquina del sofá, durmiendo con una delgada manta envuelta alrededor de él. William está sentado en una silla, con los codos apoyados en sus rodillas, mirando el televisor, donde el sonido es bajo como un susurro. Parece un aficionado al fútbol que está intensamente viendo un partido en el que ha apostado mucho dinero, excepto que no es fútbol en la pantalla, sino un informe de noticias. Siguen mostrando

imágenes desde el aire y grabaciones de video de teléfonos celulares. Gran parte está censurada, y los reporteros advierten una y otra vez sobre "imágenes fuertes".

El perro está acostado fielmente junto a William, medio dormido, pero levantando la cabeza de vez en cuando, como si estuviera escuchando constantemente algo que nadie más puede oír. Holger es el único que falta; está en el búnker preparando algo o haciendo otra cosa, apenas ha descansado desde que llegaron aquí.

Mille no entendió la mitad de lo que William les dijo durante el recorrido por el búnker. Todo el material técnico sobre cómo el generador produce energía, a partir del molino de viento y los paneles solares, cómo se limpia y se filtra el agua de lluvia, y cómo funcionan los sistemas de seguridad que pasó por alto. Todo lo que sabe es que Holger obviamente pensó en cada pequeño detalle, cuando construyó este lugar, y que probablemente podrías vivir allí abajo durante años.

¿Pero quién querría eso?

Se imagina a sí misma dentro de cuatro años, pálida y con el pelo largo, sin haber salido del búnker ni por un segundo, la única compañía han sido sus tres compañeros de habitación involuntarios, el resto de la población de la tierra muerta y los zombies son los únicos que deambulan por ahí.

¿Por qué querría vivir en un escenario como ese? Supervivencia, y nada más. A Mille le recorre un escalofrío.

Probablemente no llegue a eso. Todavía tienen tiempo para evitarlo.

Pero los informes de noticias no parecen ser buenos. Mille también ha revisado las redes sociales en su teléfono de vez en cuando. Al principio, principalmente leyó publicaciones de duelo de los familiares de aquellos que murieron en el autobús, y otras personas ofreciendo sus condolencias. Luego, comenzaron a llegar otros tipos de tweets, como:

«¿Qué diablos está pasando en esta ciudad? ¿Alguien sabe algo?»

Y cada vez más personas comenzaron a responder y a dar su opinión, aunque ninguno parecía saber qué estaba pasando realmente. Mille leyó conjeturas creativas como terrorismo o desastres naturales. Uno incluso sugirió que todo esto era una gran broma, organizada por una cadena de televisión.

Pero a medida que avanzaba la noche, los tweets se volvían más y más graves.

«¿Por qué la policía no está haciendo nada?»

y

«¡Uno de ellos pasó por mi ventana!»

y

«Acabo de pasar por la biblioteca, en serio, ¡manténganse alejados de allí, gente! No es una vista que nadie necesite ver».

Poco a poco, la gente comenzó a darse cuenta de la gravedad de la situación, aunque muchos aún estaban completamente confundidos. Pero cada vez con más frecuencia, Mille veía la palabra mágica.

Zombies.

La gente comenzó a publicar videos desde sus teléfonos, filmados desde sus ventanas o autos. Algunos más sangrientos que otros. A Mille no le apetecía ver ninguno de ellos. Un video de un comunicado de prensa también se volvió viral, donde un portavoz de la policía les dijo a las personas que permanecieran en el interior y evitaran el contacto físico con cualquier persona hasta nuevo aviso.

—Están declarando estado de emergencia —murmura William.

Mille mira la televisión y ve a la primera ministra hablando a la cámara con una expresión muy grave, sus labios temblando ligeramente.

—Están cerrando toda la ciudad —dice William—. Ya era hora.

Dan se remueve en el sofá, y el perro levanta la cabeza.

—¿Cuántos muertos? —pregunta Mille.

—No están dando números ahora —responde William, sin apartar la vista de la pantalla, que ahora muestra una transmisión en vivo desde un helicóptero en algún lugar sobre la ciudad. Tres figuras tambaleándose bajan por la calle, hay coches abandonados por todas partes, e incluso desde esta distancia y en la luz moribunda, Mille puede distinguir varios bultos oscuros en el asfalto—. Deben ser cientos, tal vez incluso miles ahora —continúa William.

—Así que, los cálculos de Holger resultarán ser ciertos —dice Dan, frotándose los ojos, y luego haciendo un gesto hacia el pizarrón en la pared, donde Holger dibujó un gráfico y escribió un montón de números—. Mañana por la noche, no habrá nadie vivo en la ciudad.

—No si se esfuerzan más y envían al ejército, como he estado tratando de decirles —dice William, evidentemente frustrado. Ha estado llamando a la policía varias veces, tratando de transmitirles la magnitud de la situación. Mille no puede culpar a quien estaba al otro lado de la línea, probablemente algún joven policía de turno, por tener dificultades para creerlo.

—Prometí llamar a mi papá a estas horas —murmura Dan y busca su teléfono—. Oh, demonios, está sin batería. ¿Holger tiene un cargador, William?

—Revisa en el dormitorio.

Dan se levanta y va al dormitorio.

William encuentra su propio teléfono. —Probablemente también debería llamar a mi mamá. ¿Y tú, no vas a...? —Se detiene cuando aparentemente recuerda algo, luego simplemente niega con la cabeza—. Lo siento, no es asunto mío —Se levanta y va a la cocina. Un momento después, Mille lo puede escuchar hablando con su mamá.

Mille revisa su teléfono y ve las siete llamadas no contestadas. La mayoría son de números privados, y está bastante segura de que es la policía la que ha estado tratando de comunicarse con ella para asegurarse de que está bien, como probablemente lo hicieron con todos a bordo del autobús a quienes no pudieron encontrar de inmediato.

Pero también hay una sola llamada de un número que conoce. Una sola llamada que no esperaba en absoluto.

Helle, dice la pantalla.

Hace cuarenta y cinco minutos. Mille vio la llamada entrante, pero sólo miró fijamente el teléfono en silencio. No intentó devolver la llamada, y Helle no ha intentado llamar de nuevo.

Mille no contestó, porque no tenía idea de qué decir. ¿Qué se dice después de tres años?

De repente, quiere devolver la llamada, pero el pensamiento inmediatamente la hace sentir incómoda. Hay demasiadas preguntas. ¿Cómo sonará la voz? ¿Como ella recuerda o completamente cambiada? ¿Más vieja? ¿Más débil? ¿Más amorosa? ¿Tal vez incluso preocupada?

Mille simplemente no está segura de saber cómo manejarlo. Sin embargo, su dedo se acerca al botón de Llamar, flotando allí durante varios segundos.

Entonces ve algo de reajo y gira la cabeza. Muy lejos, sobre el campo, puede distinguir una figura tambaleante en el crepúsculo. No, no una, sino dos. No, tres. Más y más están apareciendo. Hay más de veinte en total, y aún vienen más.

Su garganta se contrae y de repente le resulta difícil respirar.

Los muertos vivientes no están caminando en ninguna formación en particular, ni siquiera parecen estar caminando juntos. Pero todos están, no obstante, dirigidos en la misma dirección. Todos están apuntando directamente hacia la casa de Holger en la cima de la colina.

En ese momento, Dan vuelve a entrar en la habitación. —Encontré un cargador —dice, pero su expresión cambia una vez que ve el rostro de Mille—. ¿Qué pasa? —pregunta alarmado.

Antes de que pueda responder, hay un fuerte golpe desde el dormitorio, y Dan se da la vuelta rápidamente. El perro de William entra corriendo desde la cocina, ladrando al ruido.

Pero es sólo Holger, que abrió de golpe la escotilla en el suelo, y ahora entra rodando en la sala de estar, con una expresión desencajada.

—¡Cállate, Ozzy! —William ordena, mientras se les une desde la cocina, el teléfono presionado contra el pecho. —¿Qué está pasando, Holger?

Holger parece querer correr a algún lugar pero no puede decidir dónde es ese lugar, así que termina sólo parado allí. —Los vi —jadea—. Los vi en las pantallas. Ya vienen.

Las palabras dejan un silencio helado en la sala de estar.

—¿Cuántos... cuántos? —tartamudea William.

—Muchos —dice Mille, sorprendida de escuchar su propia voz. Los tres la miran. Ella señala por la ventana.

William está instantáneamente junto a ella. —Oh, joder —murmura y retrocede. Mira de Mille a Dan y luego a Holger. Hay un brillo especial en sus ojos, podría ser miedo, pero para Mille parece casi como una emoción salvaje, cuando dice: —Aquí vamos...

¿Quieres seguir leyendo?

Vaya al Libro 4 en **nick-clausen.com/dia4**